

EL ARTE ESPAÑOL EN FILIPINAS

Blas SIERRA DE LA CALLE
Museo Oriental de Valladolid

Introducción

Según la opinión de los estudiosos, la mayoría de las obras de arte filipino realizadas durante el periodo de la presencia española en las islas (1565-1898) —exceptuando la arquitectura— han desaparecido, hasta el punto de que algunos afirman que, sobre todo en lo que se refiere a las pictóricas, más del 90 por 100 de esas creaciones se han perdido para siempre.

Las causas de este auténtico desastre artístico y cultural son muchas. Una de ellas es el clima filipino. Las frecuentes lluvias, las inundaciones, la humedad, el calor propios de una latitud tropical y, más recientemente, la contaminación no favorecen la conservación de estas piezas. La abundancia de distintos tipos de insectos que devoran el papel, la tela y la madera es otro factor reseñable, al que se debe añadir —sin tener en cuenta otros conflictos menores— los expolios perpetrados por los ingleses durante la invasión de Manila de 1762, la guerra hispano-filipina de 1868 y la segunda guerra mundial, la más destructiva de todas. Esta última, que tuvo efectos desastrosos en todo Filipinas, se ensañó especialmente con Manila, la ciudad donde se concentraba el núcleo de las colecciones artísticas en iglesias, conventos y edificios civiles. Los bombardeos de 1945 redujeron a escombros el patrimonio histórico-artístico acumulado durante trescientos años.

Tristemente, a estas causas hay que añadir también la negligencia humana, la falta de sensibilidad y de apego a la cultura, la apatía e ignorancia que han llevado a no valorar un arte que hubiese merecido una mejor suerte. Esto hace que, lo poco que queda, tenga actualmente un valor añadido.

Se explica así también que sobrevivan hoy fuera de Filipinas colecciones artísticas de mayor importancia que las existentes en el propio archipiélago. Cuando esas obras fueron sacadas de las islas, entre los siglos XVII-XIX, eran piezas abundantes en su lugar de origen. Pero, mientras que en las islas han desaparecido en gran parte, en otros lugares, de modo especial en España, han sobrevivido. Esto se debe en gran medida a las distintas circunstancias históricas, climáticas y culturales.

Este es el caso del Museo Oriental del Real Colegio de los Padres Agustinos Filipinos de Valladolid, cuyos fondos son fruto de la larga presencia de unos 3.000 agustinos en Filipinas, China y Japón. De los casi 2.000 misioneros agustinos que salieron desde este convento de Valladolid hacia Filipinas, la mayor parte consumieron su vida en el archipiélago al servicio del Evangelio y del pueblo filipino. Pero algunos —especialmente en la segunda parte

del siglo XIX— regresaron y, al volver, se trajeron consigo obras de arte y etnografía reunidas durante su estancia en el archipiélago, con el fin de dar a conocer esos pueblos y culturas a los jóvenes que se preparaban para ir a esas tierras. Así se formó la colección española de arte oriental más importante actualmente y, por lo que se refiere a Filipinas, la más notable entre las europeas.

En las páginas que siguen se desea ofrecer algunas pinceladas sobre la huella de España en Filipinas en el campo del arte. Se quiere poner el acento en obras hechas por españoles y que, al menos por algún tiempo, han estado en el archipiélago magallánico, aunque muchas de ellas pasaron luego a España o, desgraciadamente, se perdieron. Somos bien conscientes de la amplitud del tema, por lo que ya desde el principio se quiere dejar constancia de nuestra limitada intención. Un estudio exhaustivo del asunto que nos ocupa exigiría varios libros.



El Santo Niño de Cebú y los comienzos del arte español en Filipinas

La imagen del Santo Niño de Cebú es una de las obras que más influjo han tenido en el arte español en Filipinas. La evangelización de las islas se ha hecho a la sombra y bajo la protección de esta talla. Se podría decir que, en cierto modo, su imagen está en la raíz de todo el arte hispano-filipino de inspiración cristiana, en el origen de la arquitectura, la pintura y la escultura española en Filipinas. Los primeros años de la evangelización del archipiélago fueron muy duros, pero hubo también hechos providenciales, como el hallazgo de esta imagen, que dieron ánimo a los que allí sembraban la semilla evangélica (1).

Imagen original, llevada a Filipinas por Magallanes en 1521. Se venera en la basílica del Santo Niño de Cebú, en la ciudad homónima de Filipinas.

(1) MACCARTHY, Edgard J.: *Spanish Begining in the Philippines, 1565-1572*. Washington, 1943, pp. 95-109 y *passim*; GERHARD, Antonia, P.: «La obra evangelizadora de los primeros frailes agustinos en Filipinas», en *Anuario de Historia*, año IV. México 1964, pp. 77-99.

La llegada de la imagen

El Santo Niño de Cebú es la primera escultura española que llega a Filipinas. La imagen fue llevada al archipiélago por Magallanes en 1521. El almirante la donará a la «Reina Juana» de la isla de Cebú después de su bautizo. El cronista de la expedición, Antonio Pigafetta, nos narra así el hecho:

«... después el sacerdote y algunos otros nos fuimos a tierra, para bautizar a la reina, que se presentó con 40 damas. La condujeron encima de un estrado haciéndola sentarse sobre una almohada (...) El sacerdote le mostró la imagen de Nuestra Señora y un Niño de madera bellísimo y una cruz, lo que la emocionó mucho (...) Llorando pidió el bautismo. Se le impuso el nombre de Juana, como la madre del emperador [Carlos V] (...) Se bautizaron 800 almas entre hombres, mujeres y niños (...)

»La reina pidió el Niño para colocarlo en sustitución de sus ídolos. Sabiendo el capitán [Magallanes] que el Niño le gustaba mucho a la reina, se lo regaló y le dijo que lo colocase en sustitución de sus ídolos, porque era en memoria del Hijo de Dios. Dándole las gracias lo aceptó de muy buena gana» (2).

Nada menos que cuarenta y cuatro años —desde 1521 hasta 1565— separan la llegada del Santo Niño, en la expedición de Magallanes, de la de fray Andrés de Urdaneta y los primeros agustinos. Durante ese periodo, Magallanes fue asesinado, los españoles huyeron. Solo Él, el Niño, el «Dios extranjero», pervivió, sin otro auxilio que Sí mismo, a todos los intentos de destrucción. Este acontecimiento marcará para siempre la historia de Filipinas.

A la llegada de la expedición de Legazpi-Urdaneta a Filipinas, en 1565, a sus integrantes les esperaba una grata sorpresa, que se puede calificar de verdaderamente providencial. Nos referimos al hallazgo en Cebú de la imagen del Santo Niño, llevada, como hemos señalado, cuarenta y cuatro años antes por Magallanes. La historia de este extraordinario acontecimiento viene así descrita por el cronista:

«En la ysla de Cubu de las felipinas del ponyente de su majestad, a diez y seys del mes de mayo de myll e quinientos y sesenta e cinco años, el muy yllustre señor Miguel lópez de legazpi (...) dixo que por quanto el día que los españoles entraron en esta dicha ysla e pueblo de Cubu, que fue el sábado veynte y ocho de abril deste presente año (...) en una de las casas de las más pobres moradas e humildes y pequeña y de poco aparato, donde entró Juan de camuz, natural de bermeo, marinero de la nao capitana, halló en ella una ymagen del nyño Jesús (...) y luego que la obo hallado, llevándola en las manos con su caxeta para enseñalla, topó con el maese de campo, mateo de

(2) PIGAFETTA, Antonio: *La mia longa et pericolosa navigatione. La prima circumnavigazione del Globo (1519-1522). Trascrizione dal Codice Della Biblioteca Ambrosiana*. Milán, 1989, pp. 126-127.

saz, y se la quitó y llevó a mostrar a dicho señor general, el cual con gran veneración y solemne procesión, la mandó traer y poner en la iglesia que agora se tiene de prestado, y hizo boto e promesa él, y los rreliгиозos de la orden del señor san agustín, y los capitanes y otros oficiales del campo que todos los años tal día como fue hallada la dicha ymagen se hiziese y celébrase una fiesta e invocación del nombre de Jesús, e allende desto se (h)a hecho e ynstituido una cofradía del benditísimo nombre de Jesús, de la manera que está ynstituida la del monasterio de san Agustín de México, y con los mismos estatutos della, y para que perpetuamente quede memoria de lo susodicho, y de cómo la dicha ymagen fue hallada en esta tierra de ynfieles el dicho día, el dicho seño(r) governador por ante my el dicho escribano mandó hazer la información de testigos siguiente, y firmólo de su nombre: miguel López; pasó ante my, fernando rriquel, escribano de gobernación» (3).



Frontispicio de *Acta del hallazgo de la imagen del Santo Niño de Cebú*, códice miniado del XVIII. Museo Oriental, Valladolid.

La realización del manuscrito miniado

En este hallazgo está la raíz de la pintura y la arquitectura españolas en Filipinas. Por lo que se refiere a la pintura, el texto arriba citado fue copiado, y probablemente también iluminado, con una imagen del Santo Niño que se acababa de encontrar.

En el Museo Oriental del Real Colegio de los PP. Agustinos de Valladolid se encuentra el *Acta del hallazgo de la imagen del Santo Niño de Cebú*. La obra, fechada en Cebú el 2 de noviembre de 1734, es copia — realizada ante notario— del documento original, de 1565, por entonces ya en mal estado. Va ilustrada con una imagen del Santo Niño de Cebú en el centro, el símbolo agustiniano del corazón abajo, y flores de vivos colores en los márgenes de cada una de las hojas del documento (4). Es de suponer que, si es copia de un docu-

(3) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas*, vol. XIII. Manila, 1978, pp. 396-398. El documento completo, con todos los testimonios de los testigos, continúa hasta la página 406.

(4) SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Museo Oriental. China, Japón Filipinas. Obras selectas*. Valladolid, 2004, p. 464.

mento otorgado ante notario, en el original también aparecía —aparte, como es obvio, del documento transcrito— la imagen pintada del Santo Niño de Cebú.

Como se ve por el manuscrito, una vez hallada la imagen se instituyó en Cebú la Cofradía del Santísimo Nombre de Jesús. López de Legazpi y los agustinos decidieron que debería gobernarse por los estatutos que regían la del mismo nombre en Ciudad de México, de la que tanto Legazpi como los agustinos eran cofrades (5).

La construcción de la iglesia

Esta imagen del Santo Niño fue también el origen de la arquitectura española en las islas. En su honor se construiría la primera iglesia en el archipiélago. El convento e iglesia del Santo Niño de Cebú fueron fundados por fray Andrés de Urdaneta en 1565, inmediatamente después del hallazgo de la imagen. A lo largo de los siglos se han sucedido diversas construcciones (1565, 1605, 1628...), levantadas con madera y nipa, primero, y después con ladrillo. El fuego y los terremotos las fueron destruyendo.

El templo actual, construido en piedra, se comenzó en 1735. La obra fue dirigida por el agustino español fray Juan de Albarrán, prior del convento. La piedra se transportaba en «bancas» desde Capiz y Panay, y la madera de mola-ve provenía de los montes de Talisay y Pitalo. La mano de obra, además de en Cebú, se contrató con obreros de San Nicolás, Carcar y Boljoon. Tras cinco años de trabajo, la iglesia estaba concluida en 1739. Al año siguiente, en una ceremonia solemne, se instalaría en su interior la imagen del Santo Niño de Cebú. En 1965, con ocasión del Cuarto Centenario de la Evangelización de Filipinas, se acometió una importante restauración tanto en la iglesia como en el convento. Ese mismo año S.S. el papa Pablo VI concedió a la iglesia el título de basílica menor. Por su parte, el presidente de la República, a la sazón Ferdinand F. Marcos, declaró el templo «santuario nacional», debido a su valor histórico (6).

Los agustinos conservan y custodian la imagen del Santo Niño, desde 1565, en esta basílica de Cebú. Su culto se ha convertido en una de las devociones más populares de todo el archipiélago.

El padre Urdaneta y sus compañeros agustinos que llegaron con Legazpi en 1565 se pusieron bajo su advocación y lo escogieron como patrono. Y así, a la nueva división provincial de la orden se le puso por nombre «Provincia Agustiniense del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas».

(5) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *op. cit.*, vol. IX, pp. 4-5. Para más información sobre esta cofradía en México, véase CUEVAS, Mariano: *Monje y marino. La vida y tiempos de fray Andrés de Urdaneta*. México, 1943, pp. 356-361.

(6) GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone. Architecture of Augustinian Churches in the Philippines*. Manila, 1987, pp. 439-444. Una segunda edición, con fotografías en color, ha sido impresa en 1996.

Obras españolas de arte llevadas a Filipinas en el siglo XVI

Ante la imposibilidad de abarcar la temática en su totalidad, me centraré en las obras llevadas a Filipinas por los misioneros agustinos en ese siglo (7).

En los inicios, cuando en Filipinas se carecía de todo, los agustinos enviaron libros y obras de arte desde España y México. Aunque carezcamos de documentación sobre la mayoría de estos envíos, tenemos una serie de datos que confirman el hecho.

Los libros

La tipología de los libros llevados a Filipinas era variada: litúrgicos, para uso en las ceremonias de culto; de oraciones, para el rezo diario, tanto personal como comunitario; rituales, para la administración de los sacramentos; de doctrina —bien fuese escriturística, bien teológica, moral o jurídica—, que les ayudaban en la profundización del mensaje cristiano con vistas a la predicación y la catequesis, y los de otras ciencias, como cosmología, astronomía, geografía y otras disciplinas en las que ciertos agustinos —como el padre Martín de Rada, por ejemplo— eran especialistas.

No tenemos constancia de los libros personales de estudio y meditación que llevaba cada misionero, pero sí de aquellos que, por estar directamente relacionados con su misión evangelizadora, eran pagados a través de la Casa de Contratación. Así, en la Primera Misión, de 1565, se pagaron a Bartolomé de Torres —mercader mejicano— 279 pesos y 4 tomines de oro común por libros entregados al padre Andrés de Urdaneta para llevar en ese viaje. Al mismo tiempo consta que llevaban 117 arrobas con ropa y libros personales (8).

En 1568 se entregará a Felipe de Salcedo, para que lo lleve al convento del Santo Niño de Cebú, un misal junto con un cajón de ornamentos y vasos litúrgicos (9).

En la Segunda Misión, de 1569, por un lado se menciona el envío de *misales* y por otro se explica que dieron 80 pesos a fray Alonso Ximénez «para libros para él y su compañero» (10).

(7) Algo muy similar podría afirmarse de las obras llevadas por los misioneros de otras grandes órdenes religiosas, como dominicos, franciscanos, agustinos recoletos y jesuitas.

(8) CASTRO SEOANE, J., y SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamiento y catálogo de misioneros a Indias y Filipinas en el siglo XVI, según los libros de la Casa de Contratación. Expediciones agustinianas*, separata de *Missionalia Hispanica*. Madrid, 1978-1979, p. 14. Más resumido en RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano. Provincia de Filipinas*, vol. I (1565-1688). Valladolid, 1992, p. 53.

(9) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. XIII, p. 403.

(10) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamiento y catálogo de misioneros*, pp. 19-20; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 156.

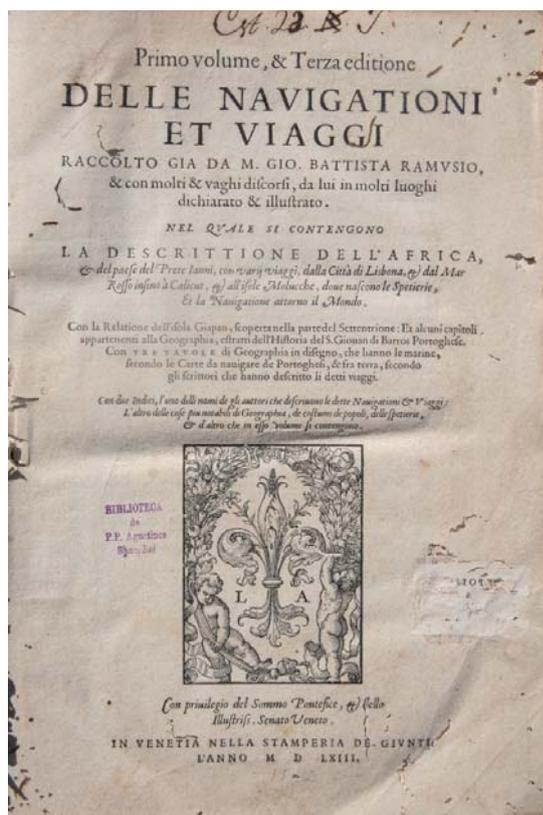
Por su parte, en la Misión de 1570, la tercera, llevaron dos misales romanos grandes y dos libros grandes de canto para el coro (11).

En la Misión de 1571 los agustinos, además de sus libros personales, llevaron seis misales venecianos, tres antifonarios de los impresos en México, tres salterios de marca mayor, seis manuales para bautizar, tres calendas, seis breviarios, seis diurnos y una docena de horas. La Casa de Contratación pagó además otros 200 pesos en dineros para libros y otras cosas necesarias a los religiosos (12).

En 1586 Felipe II concedió al padre Andrés de Aguirre 300 ducados para ayudar a comprar, entre otras cosas, «seis cantorales de luxo impresos de canto, cuarenta o cincuenta misales y otros tantos breviarios y diurnales para las casas de dicha orden que ay en aquellas islas» (13).

Los ornamentos y vasos litúrgicos

La fe no solamente se transmitía por la predicación, la catequesis y la enseñanza, es decir, *oyendo*, sino también *viendo*. Cuando los misioneros *celebraban los misterios de la fe*, esas ceremonias, a la vez solemnes y extrañas, indudablemente ejercían su influjo, atrayendo la atención y la curiosidad de los habitantes de Filipinas, para quienes todo aquello resultaba doblemente misterioso. Misterioso porque se celebraba en una lengua —el latín— que no entendían, pero misterioso sobre todo porque, hasta que no estuvieron convenientemente catequizados, el sentido de aquellos gestos, cánticos y ritos les era inaccesible.



Frontispicio del vol. I de *Delle navigationi et viaggi*, obra de M G Battista Ramusio (Venecia, 1563), uno de los muchos libros llevados por los agustinos a Filipinas. Posteriormente recalaría en la biblioteca de los agustinos de Shanghái, en China. Museo Oriental, Valladolid.

(11) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R., (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 24-26; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 168.

(12) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 28-29; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ, F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 177.

(13) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. X, p. 69.

Para estas celebraciones litúrgicas de los distintos sacramentos, los agustinos llevaron consigo todo lo necesario para que tales celebraciones se revistiesen de la dignidad debida.

Por lo que se refiere a los ornamentos litúrgicos y otros vestidos, entre 1565 y 1572 —resumiendo los distintos informes que aparecen en la Casa de Contratación— tenemos los siguientes datos:

- 2 capas pluviales de terciopelo, una roja y otra blanca;
- 3 casullas de terciopelo (roja, morada y anaranjada);
- 13 casullas de damasco (tres rojas, tres azules, tres blancas, dos pardas, una verde y una negra);
- 2 dalmáticas de terciopelo blanco;
- 6 sobrepellices para administrar sacramentos;
- 2 frontales de altar de terciopelo (morado y rojo);
- 5 frontales de damasco (blanco, verde, negro, rojo y carmesí);
- 1 manga de cruz de terciopelo rojo;
- 1 paño de atril de terciopelo blanco (14).

Además, en la Misión de 1569, la Casa de Contratación pagó al mercader Francisco Rodríguez 1.095 pesos y tres tomines por sedas, rasos, alfombras, lienzos... y otras cosas (15).

Por lo que se refiere a la ropa blanca, se deja constancia de 18 albas, 22 corporales, 12 manteles, 12 amitos y 19 paños de cáliz (16).

En cuanto a los vasos litúrgicos y otros objetos de culto, aquí enumeramos un resumen de lo llevado en estos primeros años:

- 17 cálices con sus patenas (dieciséis de plata y uno dorado)
- 6 crismeras (cinco de plata y una de estaño)
- 19 pares de vinajeras (2 de plata, 5 de estaño y 12 de cristal)
- 2 ciriales
- 14 candelabros (4 de plata y 10 de azófar)
- 4 acetres para el agua bendita de azófar.
- 5 incensarios con sus navetas (2 de plata y 3 de azófar)
- 9 portapaces (uno de plata y 8 de madera dorada)
- 14 campanillas de metal para la iglesia
- 2 pares de sacras

(14) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 5-15,19-20, 24-25, 28-29; RODRÍGUEZ, R., ISACIO, ALVAREZ, F. Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, pp. 52, 156, 168, 177.

(15) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 19-20; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ALVAREZ, F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 156.

(16) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 9-15, 19-20, 24-25, 28-29; RGUEZ, RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ, F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 156.

- 1 hostiario de palo
- 5 hierros para hacer hostias para la eucaristía (17)

A esto tenemos que añadir dos campanas. Una se entregó en 1568 a Felipe de Salcedo, para que la llevase al convento del Santo Niño de Cebú. Había sido hecha en el puerto de Acapulco y pesaba nueve arrobas. La otra campana fue llevada en 1570 y pesó cinco arrobas y doce libras (18).

En 1586 Felipe II concedió al padre Andrés de Aguirre un dinero para comprar, entre otras cosas, «dos ornamentos cumplidos» (19).

Es muy probable que, además, cada religioso llevase también sus propios ornamentos litúrgicos, e incluso su propio cáliz para celebrar la eucaristía, proporcionado por la comunidad agustiniana de México —de donde los misioneros salían— o incluso por la de España, de donde la mayoría de ellos procedían.

Las imágenes y estampas

Las imágenes religiosas, tanto en escultura como en pintura, han sido tradicionalmente un medio importante para la evangelización, así como un centro de culto y veneración. Por orden de dignidad, hay que colocar en primer lugar las imágenes de Cristo, a continuación las de su madre, María Virgen, y después las distintas advocaciones de los santos.

En los registros de la Casa de Contratación consta que los agustinos llevaron a Filipinas, durante los años 1565-1572, «seis cruces de palo doradas» (20) que, con toda probabilidad, no eran simplemente cruces, sino más bien imágenes de Cristo crucificado. Además de estas, se da por descontado que llevaron otros crucifijos. Por lo menos hay que considerar que habría, como mínimo, uno por cada convento e iglesia donde moraban los religiosos y celebraban la eucaristía, pues la normativa litúrgica consideraba preceptiva la presencia de un crucifijo en el altar donde se decía misa.

Además, en la Misión de 1569 —como ya se dijo anteriormente— la Casa de Contratación pagó al mercader Francisco Rodríguez 1.095 pesos y tres

(17) CASTRO SEOANE, J., y SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 9-15, 19-20, 24-25, 27-30; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ, F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 53, 156, 168; RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. XIII, p. 403.

(18) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. XIII, p. 403; CASTRO SEOANE, J., y SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 24-25; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 168.

(19) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. X, p. 69.

(20) CASTRO SEOANE, J., SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, p. 28, RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 168.



Virgen con niño. Madera policromada (s. XVII). Representativa del tipo de esculturas llevadas por los agustinos a Filipinas. Museo Oriental, Valladolid.

tomines por sedas, rasos, alfombras, lienzos... y otras cosas (21). Aunque aquí no se especifica la naturaleza de estos «lienzos», nos parece razonable que se tratase de *pinturas en lienzo* e imágenes para las iglesias, pues tanto cuando se habla de prendas de vestir como cuando se hace de ropas de altar o para la mesa se usan otros términos.

Consta también que la Misión de 1571 llevó «seis retablos de lienzo» (22). Evidentemente, de lo que se está hablando es de que se llevaron seis pinturas sobre lienzo destinadas a los altares mayores de sus respectivas iglesias. Aunque no podemos afirmar con certeza cuáles eran los santos representados —ni en el envío de 1569 ni en el de 1571—, sí que se puede afirmar, con gran probabilidad, que se trataba de algunos de los titulares de las iglesias que por entonces tenían los agustinos: la Inmaculada Concepción, san Agustín, santa Mónica, san Pablo, Santiago Apóstol, san Juan Bautista y san Martín Obispo.

Además de estas, es probable que existiesen otras, pues en esa misma misión de 1571 se llevaron «36 varas de volantes para velas, imágenes y crucifijos» (23).

Citemos también que, en 1586, el rey Felipe II concedió al padre Andrés de Aguirre 300 ducados para «ayudar a comprar un retablo y sagrario donde esté el santísimo sacramento con decencia, para el monasterio de la dicha orden en la ciudad de Manila» (24).

(21) CASTRO SEOANE, J., y SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 19-20; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 156.

(22) CASTRO SEOANE, J., y SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 28; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, Vol. I, p. 177.

(23) CASTRO SEOANE, J., y SANLES MARTÍNEZ, R. (OdeM): *Aviamento y catálogo de misioneros*, pp. 28; RGUEZ. RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Diccionario biográfico agustiniano*, vol. I, p. 177.

(24) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. X, p. 69.

En el año 1599, el padre Roque de Barrionuevo, agustino soriano, siendo ministro de Malolos colocó en la ermita de Mamnog una imagen de san Roque que se ha hecho muy famosa por sus milagros (25).

Los misioneros llevaban también estampas de Cristo, la Virgen y los santos, tanto para su devoción personal como para repartir entre los neófitos. Las imágenes —esculpidas o pintadas— están concebidas más bien para emplazarlas en un lugar de culto público, mientras que las estampas, dado su reducido tamaño, que permite puedan ser transportadas con facilidad, son más adecuadas para el rezo y devoción personales.

En la Misión de 1571 los agustinos llevaron «dos resmas de estampas». Pero a estas habría que añadir otras muchas no registradas y llevadas personalmente por los misioneros.

Tampoco tenemos aquí certeza de *quién* estaba representado en estas estampas. De todos modos, tenemos un documento cercano que nos ofrece algunos personajes. Se trata del informe del padre Martín de Rada hablando de su viaje a China en 1575. Mientras estaba en Hocchin (provincia de Fujian), el virrey o mandarín de la ciudad le pidió «que le enviásemos el libro con que solíamos rezar que lo quería ver, y como le enviásemos el Breviario tomó de él cinco o seis estampas de unas que estaban por registros, entre las cuales tomó un crucifijo y una columna y un eccehomo y una coronación de nuestra señora y una imagen de sancta Brígida, y no sé si alguna otra más» (26).

Es probable que, además de estampas con estos temas de la pasión de Cristo o de la Virgen, llevaran también las de santos propios de su orden, como san Agustín y santa Mónica o la Virgen de la Consolación.

Arquitectura española en Filipinas

La huella más visible del arte español en Filipinas nos ha quedado plasmada en la arquitectura, por la naturaleza propia de los materiales en los que se ha realizado la obra —bien fuese piedra bien ladrillo—, susceptibles de sobrevivir al clima adverso, los terremotos, las guerras y otros elementos.

Los edificios arquitectónicos construidos por los españoles en Filipinas son de raíz ciertamente *española*, aunque no exclusivamente *españoles*. Hay que tener en cuenta que es una arquitectura que ha pasado por Hispanoamérica. Las experiencias latinoamericanas de la construcción de fuertes e iglesias —de modo especial las mejicanas— influirán decisivamente en la arquitectura filipina. A ello hay que añadir el influjo del propio pueblo isleño, que aportó la mano de obra, y el mismo clima del país, que condicionó los tipos de construcción. Asimismo hay que considerar que Filipinas era una región influida también por las artes de los países de Extremo Oriente de su entorno, princi-

(25) CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780) u Osario venerable*. Madrid, 1954, p. 277.

(26) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. XIV, p. 284.

palmente China, Japón e India. Por eso hay quienes hoy se inclinan por hablar de una arquitectura mestiza.

Podemos distinguir tres tipos de construcciones: militares, civiles y religiosas.

Construcciones militares

Entre las construcciones militares tenemos, por un lado, las murallas, y por otro, los fuertes.

Las murallas de Manila

Al salir de Acapulco, el gobernador Dasmariñas llevó consigo, en 1590, doscientos setenta españoles y mejicanos y la orden de dar a Manila un carácter puramente militar.

Realizó el trabajo con tal celo, con tal «calor y aliento», que al año siguiente de su llegada ya escribía al rey: «... la muralla de piedra está muy adelantada».

Al mismo tiempo expresaba la necesidad de construir el fuerte de Santiago más sólidamente, ya que el río y el mar se estaban comiendo la punta donde se asentaba.

Los gastos habrían de cubrirse con un 2 por 100 de impuestos que gravarían las mercancías chinas y con una tasa que habrían de pagar todos los que embarcasen algo en la nao de Acapulco o Galeón de Manila. El resto se sacaría de los impuestos sobre el juego. Una real cédula autorizaba a la Audiencia a cobrar impuestos mientras durasen las obras.

En los tres años de su gobierno, Dasmariñas dejó la obra casi terminada. Su hijo, Luis Gómez Dasmariñas, la concluiría en 1594.

El recinto abarcaba unos 1.200 metros y lo formaban una muralla bastionada con foso y contrafoso anchos y hondos y con puentes levadizos en las seis puertas. La Real daba a la Plaza Mayor y al palacio del gobernador, pero, después de la entrada de los ingleses en 1762, se trasladó frente al Colegio de San José (27).

Los fuertes

Al igual que sucediera en América, los españoles construyeron en Filipinas numerosos fuertes defensivos —generalmente a orillas del mar— para prote-

(27) ORTIZ DE ARMENGOL, Pedro: *Intramuros de Manila. De 1571 hasta su destrucción en 1945*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1958, p. 38; BUZETA, Manuel, y BRAVO, Felipe: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las islas Filipinas*, vol. II. Madrid, 1850, pp. 213-214. La construcción de las murallas de Manila, así como el largo proceso de mejoras a lo largo de los siglos y los distintos arquitectos que intervinieron en las mismas, es ampliamente estudiado en DÍAZ TRECHUELO, Lourdes: *Arquitectura española en Filipinas (1565-1800)*. Sevilla, 1959.



Muralla de Manila y Puerta Real. Pintura al óleo de Cabisada Jr., finales del siglo xx. Museo Oriental, Valladolid

gerse de las incursiones piráticas que desde su misma llegada perpetraban contra las poblaciones cristianas los grupos musulmanes del sur.

Ya en 1569 los moros del sur atacaron varias poblaciones de las islas Visayas y se enfrentaron en el mar con las fuerzas de Martín de Goiti. Este sería el primer eslabón de una larga cadena de incidentes que se prolongarán durante más de tres siglos.

Para castigar a estos piratas, el gobernador Francisco de Sande atacó en 1578 Cotabato, entonces capital del sultanato de Brunéi. Ese mismo año Esteban Rodríguez de Figueroa dirigió una expedición para obligar a los habitantes del archipiélago de Joló a capitular y convertirse en vasallos de España. Las fuerzas de Figueroa asaltaron Joló y forzaron a su jefe, el sultán Pangiran, a pedir la paz.

En esta lucha secular, unos y otros actuaban movidos por intereses políticos y económicos. Los españoles intentaban imponer su soberanía; los moros, salvaguardar cierta independencia y, al mismo tiempo, aprovecharse de la riqueza del comercio cada vez más rico entre el sureste asiático, China e India, por un lado, y América y Europa, por otro. Es decir, trataban de officiar de intermediarios de ese comercio, cosa que nunca alcanzaron a conseguir, pues el grueso de este tráfico mercantil se concentró siempre en los puertos de Manila, en Luzón, y de Cebú e Iloilo, en Visayas.

Sus intereses comerciales y económicos incluían también el tráfico de esclavos, con los cuales comerciaban tanto los maguindanao como los tausog o los iranum (28).

Los *piratas musulmanes* —aprovechando los vientos favorables— navegaban en rápidas embarcaciones atacando a diversas comunidades cristianas existentes a lo largo de la costa. Venían desde Borneo, Joló y Mindanao y se llegaban hasta las costas de Visayas e incluso hasta las del norte de Luzón, en Ilocos y Cagayan. Buscaban botín y esclavos. No pertenecían a un único tipo de población, sino que integraban a varios grupos étnicos: balanguinguis, camucones, tausogs, samales, maguindanaos, iranums, maranaos...

A todos estos grupos los españoles les dieron la común denominación de «moros» debido a que, o eran de religión musulmana, o estaban aliados con grupos musulmanes. Y así, como en España se había dado el nombre de *moros* a los árabes que dominaron la Península durante siete siglos, emplearon esta misma terminología para referirse a estas poblaciones que atacaban los enclaves cristianos (29).

Entre las fortificaciones vamos a ocuparnos de las siguientes: el fuerte Santiago en Manila, las fortificaciones de Santiago en Ilocos Norte y el fuerte del Pilar en Zamboanga, Mindanao.

El fuerte de Santiago en Manila

La construcción del fuerte de Santiago —así como la de las murallas de Manila— estaba motivada no solo por las frecuentes incursiones de los moros, sino también por el continuo peligro que representaban japoneses, chinos y —a principios del siglo XVII— holandeses (30).

Esta construcción se encuentra en una lengua de tierra entre el mar y la desembocadura del río Pasig. Aquí el jefe de los tagalos de Maynilad (Manila), el rajá Soleimán o Sulayman, había construido una empalizada de maderas robustas que las tropas españolas capturaron y ocuparon en 1571. Según nos narra el padre Gaspar de San Agustín, este fuerte construido por los moros fue aprovechado por los españoles hasta 1590 (31).

Por estas fechas comenzaron los trabajos de construcción de un fuerte de piedra, bajo el gobernador Dasmariñas. Carecemos de noticias acerca de sus progresos y de la fecha en que se terminó. Sabemos que en 1634 estaba ya «en defensa», si bien no con la perfección que en estos tiempos se practica, según el gobernador Cerezo de Salamanca.

(28) JAVELLANA, René: *Fortress of Empire. Spanish Colonial Fortifications of the Philippines*. Makati, 1997, pp. 65-71.

(29) *Ibidem*, p. 65.

(30) AGUILERA, Concha, y GONZÁLEZ TASCÓN, Ignacio: *Las islas Filipinas. Puertos y fortificaciones en América y Filipinas*. Madrid, 1985, p. 221.

(31) SAN AGUSTÍN, Gaspar de: *Conquistas de las Islas Filipinas*. Madrid, 1698, p. 434.

Antonio de Morga nos lo describe así en su famosa obra *Sucesos de las Islas Filipinas*, publicada en México en 1609:

«... tiene una fortaleza de sillería a la punta que guarda la barra y el río, con un rebellín junto al agua, que tiene algunas piezas gruesas de artillería, que juegan al mar y al río, y otras en lo alto, para defensa de la barra, sin otras medianas de campaña y pedreras con sus bóvedas para bastimento y municiones y almacén de pólvora; muy guardado, su plaza dentro con pozo copioso de agua dulce; alojamientos de soldados y artilleros y casa del alcaide. Está fortificada de nuevo por la parte de la tierra, a la plaza de armas, donde tiene entrada con su buena muralla y dos orejones guarnecidos de artillería, que juega cortando la muralla y puerta» (32).

En 1662, ante la amenaza del pirata chino Koseng, el gobernador Manrique de Lara llevó a cabo importantes reformas en el fuerte Santiago. La principal fue la construcción de una plataforma en la punta avanzada hacia el mar, para guardar la boca del río. Medía 200 pies de circunferencia y tenía capacidad para 12 piezas de grueso calibre. Completaba esta obra una media naranja que le servía de caballero y se unía a la fuerza por un través abovedado (33).

En 1685, delante de la puerta principal del fuerte se excavará el foso que la separaba del resto de la ciudad fortificada de Manila, popularmente conocida como «Intramuros».

La expresada fuerza tenía una puerta para la plaza y otra, falsa, para el río. Enfrente, y a la otra banda de este, se encontraba la alcaicería de San Fernando (34).

Dentro del recinto existía un cuerpo de guardia, alojamiento para la tropa y la vivienda del castellano, así como la capilla, almacenes, escaleras y rampas de subida a los baluartes. En estos, según una relación del siglo XVIII, existían 29 cañones de bronce y otros tantos de hierro. Guarnecían la plaza una compañía española de infantería de 60 hombres, al mando de un teniente, otra de Pampangos de 90 efectivos, y un condestable de artillería con 12 artilleros. En los almacenes figuraban 95 mosquetones, 85 arcabuces, más de 3.400 balas y solo 155 granadas, con 200 arrobas de pólvora (35).

Al término de la presencia española en Filipinas, en 1898, tanto este fuerte como las demás fortificaciones de Manila carecían ya de valor defensivo.

El fuerte Santiago ha sufrido diferentes remodelaciones y restauraciones, la última de ellas después de la segunda guerra mundial.

(32) MORGA, Antonio de: *Sucesos de las islas Filipinas* (ed. de José Rizal). París, 1890, p. 318.

(33) DÍAZ TRECHUELO, Lourdes: «Fortificaciones en las islas Filipinas (1565-1800)», en *Fortificaciones en América y Filipinas* (actas del seminario). Madrid, 1985, p. 267; IDEM: *Arquitectura española*, p. 58.

(34) BUZETA, Manuel, y BRAVO, Felipe: *Diccionario geográfico*, vol. I, p. 214.

(35) ORTIZ ARMENGOL, Pedro: *Intramuros de Manila. De 1571 hasta su destrucción en 1945*. Madrid, 1958, p. 76.

La torre vigía de Santiago, en Ilocos Sur

A lo largo de las costas de Ilocos, los españoles construyeron diversas torres vigía y construcciones defensivas en prevención de las frecuentes incursiones de los moros. Una de ellas es la torre vigía de Santiago.

La ciudad de Santiago, en Ilocos Sur (Luzón), está situada entre el mar y la cordillera, en una zona montañosa frecuentemente visitada por piratas musulmanes.

Para defenderse de ellos, el padre Dámaso Vieyetz, agustino, construyó unas estructuras defensivas en la boca del puerto. En esta tarea sabemos que le ayudaron los distinguidos residentes de esa localidad don Agustín Santiago y don Domingo Sumabas (36).

La estructura la formaban un parapeto de piedra en varios niveles, sobre el cual iba una torre cilíndrica de unos ocho metros de diámetro y diez de altura. Estaba construida con piedra arenisca y cal. También se utilizó la recia lava de Ilocos.

Actualmente, de esta torre vigía solo se conserva la mitad (37).

Fortificación de Nuestra Señora del Pilar, en Mindanao

La isla de Mindanao, al sur de Filipinas, es la segunda en extensión del archipiélago. Los españoles apenas alcanzaron a dominar algunas partes costeras de esta isla, cuyos habitantes, de religión islámica, no solo resistieron al dominio hispano, sino que atacaron con frecuencia las islas Visayas, cuyos pueblos saquearon y a cuyos naturales se llevaron cautivos.

Entre los fuertes construidos allí por los españoles, el más importante fue el de Zamboanga, llamado al principio de San José. La primera piedra fue colocada el 23 de junio de 1635.

En 1662 Manrique de Lara, ante la amenaza el pirata chino Koseng, decidió concentrar las fuerzas en Manila y retirarse de varios presidios, entre ellos de este. Posteriormente, se intentó guarnecerlo de nuevo, por su gran importancia para defender las islas Visayas de las continuas agresiones piráticas (38).

Un documento de 1685 dice que este fuerte era de planta cuadrada, con cuatro baluartes que barrían con su artillería «todo lo que se descubre al mar». Aunque los indígenas trataron de demolerlo después de su abandono, solo lograron arrancarle algunas almenas.

A partir de 1719 volverá a ser ocupado por los españoles y tomará el nombre de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Fue reparado por el ingeniero Juan de Ciscara, a quien se debe un plano del castillo. En él aparecen ya

(36) GALENDE, Pedro G: *Angels in Stone. Architecture of Augustinian Churches in the Philippines (1565-1898)*. Manila, 1987, p. 299.

(37) JAVELLANA, René: *Fortress of Empire*, p. 72.

(38) DÍAZ TRECHUELO, Lourdes: «Fortificaciones...», p. 279.

reconstruidos los cuatro baluartes y el foso que rodea la plaza. A mediados del siglo XVIII se intentó fundar aquí una población de cincuenta vecinos españoles pero, como no había voluntarios, se buscaron familias de nativos de Visayas (39).

Las construcciones civiles

Vamos a hablar tan solo de algunos puentes y edificios gubernamentales situados todos ellos en la ciudad de Manila.

Los puentes

Entre los muchos puentes construidos por los españoles en Filipinas a lo largo de más de 300 años, haremos una breve referencia a los edificados en Manila

El Puente Grande o Puente de España

El llamado Puente Grande —y, hasta mediados del siglo XIX, el único— unía las dos márgenes del río Pasig. Permitía el paso desde la ciudad murada de Manila hasta los barrios de Santa Cruz, Binondo, Quiapo, Sibacon, Trozo, Tondo y otros más. Estos lugares fueron antiguamente pueblos independientes, pero en la segunda mitad del siglo XIX estaban ya integrados en la ciudad de Manila.

El Puente Grande fue construido entre 1626 y 1632, siendo gobernador de Filipinas don Juan Niño de Tabora. Originalmente era de madera, con machones y pilastras. A principios del siglo XIX estos últimos fueron revestidos de piedra de cantería y se construyeron también sobre ellos 11 arcos rebajados de diferentes dimensiones. Por encima, el pavimento se cubrió con piedra china y se colocaron sendas barandillas de piedra común a ambos lados.

El terremoto de 1824 provocó el hundimiento de una de las pilastras. Los dos arcos fueron sustituidos por un solo tramo de madera de sólida construcción. Los terremotos posteriores causaron distintos desperfectos que obligaron a varias reformas, como el cambio de las barandillas de piedra por otras de madera, y la sustitución de la fortificación que estaba a la cabecera del puente por una amplia plataforma, con paso de carruajes y un puesto de guardia.

El puente tenía 457 pies de longitud y 24 de ancho. Diariamente transitaban por él unos 1.500 carruajes.

Al ser destruido durante el terremoto de 1863, se reconstruyó con hierro y piedra, reconstrucción que se inicia en tiempos del general Alamos y se

(39) *Ibidem*, p. 280; IDEM: *Arquitectura...*, pp. 362-373.



Puente de España, Manila. Pintura al óleo de Cabisada Jr., finales del siglo xx. Museo Oriental, Valladolid

termina durante el gobierno de Malcampo. En 1896 *La Ilustración Española y Americana* nos lo muestra ya reconstruido (40) (41).

El Puente Colgante

El Puente Colgante fue, desde 1852, la segunda vía de comunicación entre ambas márgenes del Pasig. Unía la parte extramuros de Manila —vulgarmente llamada Arroceros— con la zona de población denominada Quiapo. Medía 110 metros de largo por siete de ancho. Contaba con vías laterales para carruajes, separadas por otra central, algo elevada, utilizada por la gente de a pie.

El sistema de construcción consistía en dos pirámides truncadas en cada una de las márgenes, sobre las que descansaban cuatro bordones por banda, de los que pendían los tirantes que sustentaban el pavimento. Una parte estaba labrada con piedra de cantería, mientras que los bordones y tirantes eran devambre de hierro, traídos directamente de Inglaterra. El pavimento y la baran-

(40) *Ilustración Filipina*, 1859, p. 9; SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Ilustración Filipina (1859-1860)*. Valladolid, 2003, pp. 156-157

(41) *La Ilustración Española y Americana*, 1896, vol. II, p. 307; SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Filipinas 1870-1898. Imágenes de La Ilustración Española y Americana*. Valladolid, 1998, p. 79

dilla eran de maderas sólidas pero a la vez ligeras. El proyecto fue llevado a cabo gracias a la iniciativa privada de la empresa de los Sres. Matías Menchacorre y Cía. Su ingeniero fue el francés Mr Gabaudon

El puente se abrió al público el 4 de enero de 1852. Al día siguiente fue sometido a una prueba de resistencia, cargándolo con 266 quintales de peso, sin que por ello se resintiera en lo más mínimo. Se calcula que, en 1859, cada día lo atravesaban 1.230 peatones, 44 carruajes y seis u ocho caballos (42).

Este puente era de propiedad particular, y para pasar por él era necesario pagar un peaje.

El puente de Ayala

En realidad habría que hablar de *Puentes de Ayala* pues, de hecho, eran dos. Un cronista de *La Ilustración Española y Americana* informaba en 1890 de la breve historia de los mismos.

En 1878 comenzaría su construcción. Lo inauguró oficialmente el capitán general de Filipinas, don Domingo Moriones, el 23 de febrero de 1880. Recibió el nombre de Ayala en honor de un antiguo ministro de Ultramar que dejó buenos recuerdos en Filipinas.

El puente, dividido en dos tramos, arrancaba del aristocrático barrio de San Miguel, Calzada del General Solano, descansando en la Isla de San Andrés, también conocida como de la Convalecencia, situada en el centro del cauce del Pasig. Se llamaba así porque en ella existían el Hospital de Convalecientes, el Hospital de San José y la Casa de los Dementes.

El segundo tramo nacía en dicha isla y terminaba en el barrio de la Concepción. Al igual que el anterior, era de madera, descansando en pilares también de este material. Pocos años después de su construcción fue preciso acometer en él reparaciones importantes.

A principios de 1889 amenazaba ruina. El 29 de abril se aprobaba un presupuesto para su reconstrucción, pero pocos días después (10 de mayo) se hundía el primer tramo, y en enero de 1890, el segundo (43).

Dada su importancia estratégica, sería reconstruido años más tarde (44).

Edificios oficiales

También aquí se hace alusión, solamente, a algunos edificios oficiales construidos en Manila.

(42) *Ilustración Filipina*, 1859, p. 45; SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Ilustración Filipina (1859-1860)*, pp. 158-159.

(43) *La Ilustración Española y Americana*, vol. I, 1890, pp. 276-277; SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Filipinas 1870-1898*, p. 78.

(44) *La Ilustración Española y Americana*, 1898, p. 375.

Palacio del gobernador y Audiencia

Antes de 1645 la residencia del gobernador de Filipinas estaba situada en la plaza que hay delante de la entrada a la Fuerza de Santiago. Posteriormente, sería un palacio expropiado, durante el gobierno de don Diego Fajardo, al secretario de gobierno Venegas. El palacio, una construcción del siglo XVII, fue reconstruido por el gobernador Fausto Cruzat y Góngora (1690-1701). Lo forman un conjunto de tres edificios. Una de las mitades estaba ocupada por el palacio del gobernador, y la otra, por la Real Audiencia, que en 1788 se trasladaría a una manzana contigua.

La revista *El Oriente* nos describe así el interior: «La parte alta estaba dividida en dos soberbios departamentos a los que conducían escaleras que partían de una misma meseta; un departamento, el que da al occidente, era el destinado para habitaciones particulares del S.E. y familia, salones de recibo diario, reuniones ordinarias, comedor, etc.; el otro departamento, al que conducían dos cómodas escaleras, era el que daba al oriente (...) era la parte oficial, digámoslo así, del edificio, pues en él estaba el gran salón, rica y suntuosamente adornado, donde S.E. recibía en Corte los días de cumpleaños del Soberano y Real Familia de España. Allí estaba también la Secretaría de guerra y gobierno y Archivo» (45).

En 1850 el gobernador Clavería construiría una nueva fachada de tipo europeo. El edificio fue destruido en el terremoto de 1863 (46).

La Aduana

Una real orden de 1796 establecía que se construyese una nueva aduana en el baluarte de Santo Domingo, es decir, en la orilla izquierda del río Pasig. El proyecto fue del coronel de Ingenieros don Tomás Cortés. El edificio se comenzó en 1823, fuera de las murallas, aunque más tarde se rehízo el baluarte, para que la Aduana quedase dentro del recinto murado (47).

En el álbum pintado por José Honorato Lozano para don Gervasio Gironeña en 1847 está representado este edificio, y sobre él se comenta: «Es, sin duda el más notable y elegante que hay en Manila, pero difícilmente podría encontrarse otro menos adecuado para su objeto (...) pareciendo que al construirlo se propusieron más bien hacer un palacio con buenas y espaciosas habitaciones, como las que tiene en el piso principal, que un edificio destinado al reconocimiento, despacho, almacenaje y depósito de los géneros que importa y exporta el comercio» (48).

(45) Revista *El Oriente*, 6 de febrero de 1876, núm. 19, p. 6.

(46) ORTIZ ARMENGOL, Pedro: *Intramuros de Manila*, p. 77.

(47) *Ibidem*, p. 197.

(48) CARIÑO, J. M.^a: *José Honorato Lozano. Filipinas 1847*. Barcelona, 2002, p. 124.

En el siglo xx ha sido sede de la Administración de Loterías y, posteriormente, allí funcionó un tiempo el Banco Central de Filipinas. En la actualidad el edificio está en ruinas, esperando restauración.

El Cabildo o Ayuntamiento

El primer edificio del Ayuntamiento de Manila se terminó de construir el 6 de junio de 1606. Sufrió destrozos con los terremotos de 1645 y 1658 y, tras las reparaciones, siguió funcionando como sede de las oficinas del Cabildo durante todo el siglo xvii.

En 1735 se construyó una segunda Casa-Ayuntamiento, la cual permanecería en pie hasta el terremoto de 1863, que la dejó del todo inservible.

La tercera Casa Consistorial se comenzó a construir en 1879 y, tras diversas interrupciones, continuó hasta 1885, año en el que se interrumpieron las obras por falta de presupuesto.



Antiguo Ayuntamiento de Manila Pintura al óleo de Cabisada Jr. finales del siglo xx. Museo Oriental, Valladolid.

Tras la toma de Manila en 1898 por las fuerzas norteamericanas, el Ayuntamiento pasó a ser la sede del Cuartel General del 8.º Cuerpo de Ejército, bajo el mando del general E.S. Otis. Al establecerse la Primera Asamblea

Nacional Filipina, en 1907 este edificio pasó a ser la sede natural de las reuniones de los diputados hasta 1935.

También en este edificio se celebraban las sesiones de la Corte Suprema, hasta que fue destruido en 1945, durante la segunda guerra mundial (49).

En la actualidad está siendo reconstruido.

Las construcciones religiosas

Quizás sea la arquitectura el arte que esté a la base del desarrollo de las demás ramas artísticas. La construcción de una iglesia, traía después como consecuencia, dotar al templo de retablos, imágenes, pinturas, ornamentos, vasos litúrgicos, cantorales, etc. Por ello se podría decir que será la arquitectura el verdadero motor del arte cristiano en Filipinas.

La fe cristiana es esencialmente comunitaria, por lo que a la hora de vivirla y celebrarla es fundamental el lugar de reunión o iglesia, donde se escucha la palabra de Dios, se ora y se celebran los sacramentos.

Las iglesias y conventos

Los agustinos comenzaron a construir iglesias en Filipinas desde el mismo momento en que llegaron. La primera surgirá en la ciudad de Cebú en 1565, inmediatamente después del hallazgo de la imagen del Santo Niño. Y al lado de la iglesia surgirá el convento, como habitación de los religiosos agustinos, pero también como lugar de encuentro y catequesis, tanto para los españoles allí residentes como para los filipinos.

La Audiencia de México había ordenado que se hiciese de este modo, tal y como consta en la Instrucción LVI: «Cerca de la fuerza que así hiziéredes mandaréis hazer una iglesia para en que se diga misa, y junto a ella se hará una casa y aposento para los rreliгиозos que ban con vos, para que esté más acomodados, para tener toda quietud, y para que allí puedan ocurrir a ellos los españoles con las necesidades espirituales que se les ofrecieren, y también para que los naturales de la tierra puedan comunicarse más a su contento con ellos» (50).

Tanto las iglesias como los conventos, en un principio, fueron de madera, con los techos de hoja de palmera, al estilo de las casas de los filipinos. Más adelante —una vez afianzada la presencia española en las islas— se construyeron edificios sólidos de piedra y ladrillo, muchos de los cuales todavía subsisten.

(49) MERINO, Manuel: *El Cabildo secular. Aspectos fundacionales y administrativos*. Manila, 1983, pp. 251-294 y *passim*.

(50) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. XIII. Manila, 1978, p. 364.

Con la fundación de Manila en 1571 se concedió a los agustinos un solar para su iglesia y convento (51), que se pondría bajo la advocación de san Pablo. Durante siglos será la principal casa e iglesia de los agustinos en Filipinas (52).

El capítulo provincial de los agustinos, celebrado en Manila el 3 de mayo de 1572, reconocía formalmente como conventos con su correspondiente iglesia — además de los de Cebú y Manila — los siguientes: Tondo, en los arrabales de Manila, bajo la advocación del SS. Nombre de Jesús; Oton, en la parte suroeste de la isla de Panay, bajo la advocación de la Pura Concepción; Lubao, en la provincia de la Pampanga, con la advocación de san Agustín; Betis, bajo la advocación del apóstol Santiago el Mayor; Calumpit — en los confines de la provincia de Bulacán-, bajo la advocación de san Juan Bautista. A los anteriormente citados hay que añadir el convento de Nuestra Señora de Gracia de Mindoro (53).

Por entonces los agustinos evangelizaban y tenían convento e iglesia también en otros lugares: Taal, bajo la advocación de san Martín Obispo; Laguna de Bay, bajo la advocación de san Agustín; Pasig, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción; Panay, bajo la advocación de santa Mónica, y Gumaga — en el río Araut, en la costa de Panay-, bajo la advocación de san Agustín. Formalmente serán reconocidos como conventos de la orden agustiniana en 1575 (54).

A los misioneros agustinos, llegados a Filipinas en 1565, se unieron los franciscanos en 1578 y, posteriormente, los jesuitas (1581), dominicos (1587) y agustinos recoletos (1606). Los Hermanos de San Juan de Dios iniciarán su trabajo en 1641 estableciendo hospitales en varios lugares.

Los agustinos — que llegaron a Filipinas en 1565 —, al final del periodo de dominio español (1898), estaban presentes en 326 ciudades, cada una con su iglesia y convento. Por entonces atendían a 2.237.446 cristianos, a la sazón una tercera parte de la población filipina. De los varios centenares de iglesias y conventos por ellos construidos, hoy día sobreviven 160 (55).

Ante la imposibilidad de hablar de todos estos recintos religiosos, vamos a presentar brevemente aquellos que han sido declarados por la Unesco, en 1994, Patrimonio de la Humanidad: Paoay, en Ilocos Norte; Sta. María, en Ilocos Sur; Miagao, en Iloilo, y San Agustín en Manila. A estos añadiremos la catedral de Manila.

(51) SAN AGUSTÍN, Gaspar de: *Conquistas de las Islas Philipinas*, p. 229.

(52) *Ibidem*, p. 247.

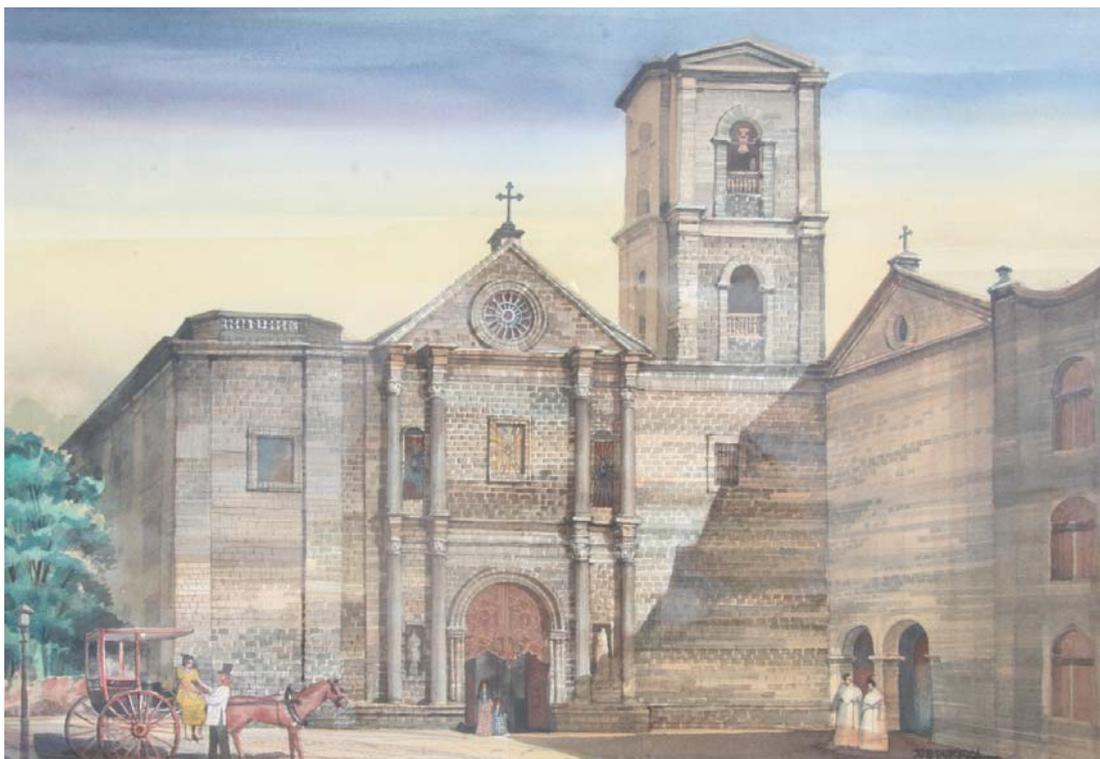
(53) *Ibidem*, pp. 247-249.

(54) *Ibidem*, pp. 253-256.

(55) Un estudio detallado de cada una de estas 160 iglesias en GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone. Architecture of Augustinian Churches in the Philippines*. Manila, 1987. Una segunda edición, con fotografías en color, ha sido impresa en 1996. Por lo que se refiere a las construcciones de los jesuitas, puede verse JAVELLANA, René B.: *Word & Stone. For God's Greater Glory. Jesuit Art & Architecture in the Philippines*. Manila, 1991.

San Agustín de Manila

La iglesia y convento de San Agustín de Manila (originalmente llamado de San Pablo) han celebrado ya su cuarto centenario. Se trata de la construcción más antigua de las existentes actualmente en Filipinas. Fue también el único edificio capaz de sobrevivir a las diversas guerras de estos siglos, así como a los tifones y a la sucesión de terremotos de los años 1645, 1754, 1852, 1863, 1880, 1911, 1937 y, el último, de 1990.



Iglesia de San Agustín de Manila. Acuarela de Joe Dureza, 1988. Museo Oriental, Valladolid.

Se construyó entre 1587 y 1604. Fue su arquitecto Juan Macías, y los trabajos eran supervisados por el agustino Alonso de Perea. El edificio toma como modelo los suntuosos templos erigidos por los agustinos en México. Toda la piedra se extrajo de las canteras de Binanganon y Guadalupe, y era transportada en balsas por el río Pasig hasta Intramuros. La fachada es de líneas austeras. La parte baja lleva columnas jónicas, y la superior, de estilo corintio. Originalmente se construyeron dos torres. Una de ellas se resquebrajó con los terremotos de 1863 y 1880, por lo que el Ayuntamiento ordenó su demolición.

La planta de la iglesia es de cruz latina, con 62,5 metros de largo por 27 de ancho. Las paredes tienen un grosor de un metro y medio en la base, que

se va reduciendo hasta llegar a los 70 centímetros de la parte superior. Este tipo de construcción es, precisamente, lo que le permite soportar los terremotos (56).

Iglesia-fortaleza de Miagao

En Filipinas, las iglesias no solo eran centros de culto, sino también lugares de reunión y fortaleza en caso de peligro. Ejemplo típico es la iglesia de Miagao.

La actual iglesia-fortaleza de Miagao fue comenzada en 1744 por el padre Francisco González Máximo y terminada en 1797. En ella se refugiaban los ciudadanos durante las frecuentes incursiones de los piratas musulmanes, que llegaban «como una nube de langostas».

Su robusta construcción ha aguantado todos los tifones y terremotos, incluido el poderoso tifón de 1948, en el que fueron destruidos el 80 por 100 de los edificios de la isla de Panay.

En el curso de la guerra filipino-norteamericana fue incendiada por los insurrectos y, durante la ocupación de Panay, usada como cuartel general. En 1973 se declaró monumento nacional.

En la iglesia confluyen varias tendencias arquitectónicas, cuya mezcla da como resultado un estilo artístico local típicamente filipino (57).

San Agustín de Paoay

Documentos antiguos denominan a esta ciudad «Bombay». Este nombre debió de ser la base de la leyenda según la cual los antepasados de los *paoayanos* eran colonizadores provenientes de Bombay, en la India. Originalmente, la ciudad estaba junto a la costa, orientada hacia el Mar de China.

La presencia agustiniana comienza en 1593. La construcción de la iglesia actual arrancó en 1699 y fue completada en 1702. Mide 60 metros de largo, 50 de ancho y siete de alto. Las paredes, de piedra y ladrillo, alcanzan 167 metros de grosor. Está dedicada a san Agustín.

Su constructor, el padre Antonio Estavillo, se hizo cargo de los gastos de edificación, decoración, pintura, retablos y salarios de los maestros de obra. Al mismo tiempo, proporcionó arroz, tabaco y vino a los obreros. Los hombres del pueblo ofrecían quince horas de trabajo. Las mujeres sacaban agua del pozo y amasaban los ladrillos.

(56) Entre los estudios específicos sobre este monumento, remitimos a RGUEZ, RGUEZ., Isacio: *The Augustinian Monastery of Intramuros*. Makati, 1976; GALENDE, Pedro G.: *San Agustín. Noble Stone Shrine*. Manila, 1989; IDEM: *San Agustín. Art & History 1571-2000*. Manila, 2000.

(57) GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone*, pp. 377-379; Un estudio más detallado en RGUEZ, RGUEZ., Isacio, y ÁLVAREZ F., Jesús: *Arte y fe en dialogo amistoso*, en LAZCANO, Rafael (dir.): *Iconografía agustiniana. XI Congreso Internacional de Historia de la Orden San Agustín*. Roma, 2001, pp. 471-490. Más información en NATIONAL HISTORICAL INSTITUTE: *The Niagao Church. Historiacal Landmark*. Quezon City, 1991.

Sufrió daños en varios terremotos y tifones, daños que fueron reparados en 1865, 1884 y entre 1889-1898.

Es uno de los ejemplares más llamativos de arquitectura religiosa existentes en Filipinas. Considerada por algunos críticos el prototipo del llamado *barroco terremoto*, pues estaba construida con métodos antisísmicos, su arquitectura no es europea ni mejicana, sino típicamente filipina. Es eco del fervor religioso de esta época, del entusiasmo por la nueva doctrina y de la explosión de la joven fe en los antiguos cristianos filipinos (58).

Iglesia de Santa María de Ilocos

En 1769 Santa María fue elevada al rango de parroquia bajo la advocación de la Asunción de María, después de haber sido una «visita» de Narvacán por más de cien años.

La leyenda dice que el lugar para la construcción de esta iglesia fue escogido cuando desapareció la imagen de la Virgen de una ermita que había al pie de la colina, para ser encontrada en la cima, sobre la copa de un árbol de guava. Actualmente, en conmemoración de esta historia, una imagen de Nuestra Señora de la Asunción se ha colocado sobre las ramas de un árbol, a un lado de la iglesia.

Las dos primeras construcciones, de 1660 y 1810, serían destruidas por el fuego. Se reconstruyó en 1824, con la colaboración de la ciudadanía, que voluntariamente *acarrearón la madera sin ser pagados*. La planta es de 75,15 metros de longitud por 14,90 de anchura. Una amplia escalera de 85 peldaños de piedra, dividida en cuatro tramos, conduce hasta la iglesia y el convento. Otra escalera, por el lado opuesto, permite bajar al cementerio y a la ermita.

Tras el terremoto de 1880, el padre Benigno Fernández —nombrado prior ese año— inició la reconstrucción. El padre Fernández realizó también el aprovisionamiento de agua potable al lugar. La iglesia sería terminada en 1889 por el padre Juan Zallo.

Esta construcción en ladrillo llama la atención por su solidez, a la que contribuyen los grandes contrafuertes que recorren sus paredes.

Benito Legarda llama a Santa María «la Estratégica». El epíteto hace referencia a que la iglesia se halla en una colina desde donde, por un lado, se tiene una hermosa vista sobre los fértiles campos y el Mar de China, y por el otro, se ven los montes de la cordillera. Desde aquí los agustinos emprendieron la evangelización de las poblaciones del interior de la provincia de Abra (59).

(58) GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone*, pp. 358-361; REGALADO TROTA, José: «A Visual Documentation of Film-Hispanic Churches». Parte VII: «Parish Church of St. Augustine, Paoay, Ilocos Norte», en *Philippiniana Sacra*, vol. XLVII, núm. 142, sept.-dic. 2012, pp. 989-1032.

(59) GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone*, pp. 302-305; IDEM, y JAVELLANA, René B.: *Great Churches of the Philippines*. Makati, 1993, pp.16-17.

La catedral de Manila

Los españoles construyeron en Manila varias catedrales. La primera se iniciaría en 1581, por iniciativa del obispo dominico fray Domingo Salazar. Sería concluida en 1614, pero conocería una vida efímera y resultaría prácticamente destruida por un terremoto en 1621. Suerte muy similar correrían los diversos proyectos que se siguieron a lo largo de tres centurias (60).

Tras el terremoto de 1863, en el mismo lugar de las anteriores se inició una nueva construcción que se concluiría en 1879. El 7 de diciembre de ese año se celebró la inauguración de la nueva catedral, construida durante el periodo de dominio español. Al día siguiente se celebró la fiesta de la Inmaculada, a quien estaba dedicado el templo.

La obra fue posible gracias al fervor de los fieles de Manila, sostenidos por su obispo fray Pedro Payo.

Los trabajos de reconstrucción se iniciaron en 1871, bajo la dirección del arquitecto municipal don Luciano Oliver, a quien sucedieron los señores Serrano Salaverri —autor del proyecto, aprobado por la Real Academia de San Fernando— y, a la muerte de aquel, los señores López Navarro, Ramírez Bazán y Ramón Hermoso. En el nuevo templo se fundían elementos románicos y bizantinos.

Un grabado de *La Ilustración Española y Americana* nos muestra el aspecto externo de la nueva catedral, según fotografías remitidas por los corresponsales en Manila, señores Ramírez y Giraudier.

El *Diario de Manila* comentaba que la fachada del templo tenía el carácter grave y severo del estilo bizantino, acomodado, no obstante, al gusto de la moderna arquitectura. En cuanto al interior, por la esbeltez de las columnas, la majestuosidad de los arcos y la gran elevación de la nave central y del cimborrio, recordaba la elegancia de los antiguos templos romanos (61).

En la segunda guerra mundial los sucesivos bombardeos reducirían a escombros este magnífico edificio. Ya avanzado el siglo xx se levantaría una nueva catedral, de estética neorrománica.

(60) MORALES, Alfredo J.: «Una catedral para Manila», en IDEM (dir.): *Filipinas, puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina*. SEACEX, Lunweg Editores, Barcelona 2003, pp. 95-109 (en este artículo se encuentran estudiados los diversos proyectos). Amplia información sobre su construcción en DÍAZ TRECHUELO, Lourdes: *Arquitectura española en Filipinas (1565-1800)*, pp. 183-222. Una monografía (SANTOS, Ruperto C.: *Manila Cathedral. Basílica of the Immaculate Conception*. Manila, 1997) estudia la historia de esta catedral desde el primer proyecto hasta el actual.

(61) *La Ilustración Española y Americana*, 1880, vol. I, pp. 162-164. SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Filipinas 1870-1898. Imágenes de La Ilustración Española y Americana*. Valladolid, 1998, p. 70.

Los cementerios

La construcción de cementerios fue también una preocupación de los españoles en Filipinas. Algunos de ellos tienen un gran valor artístico.

Cementerio de Paco

Uno de los más conocidos es el de Paco, en los arrabales de Manila. Fue construido por iniciativa municipal, después de la epidemia que padeció la ciudad en 1820. El plano de la obra se trazó en España y en los gastos de construcción contribuyeron varias corporaciones. El *Manual del viajero* de 1875 así nos lo describe:

«Es redondo con barandillas y azotea corrida sobre los nichos: la pared donde se hallan estos tiene de 7 á 8 pies de espesor. El pavimento está dividido en cuatro partes por dos calles enlosadas que se cruzan en el centro y terminan en otra calle circular que hay alrededor de los nichos. Los lados de estas calles están cubiertos de arbustos y de flores. Toda su construcción es elegante, ostentando sesenta y cuatro columnas de orden dórico. Tiene una buena capilla de forma oval con una bella cúpula y una portada de buen gusto: en esta capilla se halla el panteón de los capitanes generales y de los prelados. Detrás de la capilla están el osario y angelorum» (62).

La estructura arquitectónica todavía se conserva y, en la actualidad, se ha convertido en un parque donde se celebran bodas, conciertos, exposiciones de flores y otras actividades lúdicas.

Cementerio de Janiuay

Entre los varios cementerios construidos por los agustinos en Filipinas, merece una mención especial el de Janiuay, en Visayas.

Se accede al mismo por tres escalinatas, una en el centro y dos a los lados. El recinto está todo él vallado por un muro de piedra. En el centro está construida una capilla hexagonal. Se levantó en 1884 por iniciativa del fraile agustino fray Fernando Llorente, párroco del lugar.

La revista *La Ilustración Española y Americana* ofreció amplia información sobre su inauguración. Los grabados de Capuz están basados en fotografías directas, tomadas en diciembre de 1884 por el fotógrafo español Francisco Pertierra, que se encontraba por entonces de viaje por las islas (63).

(62) GLEZ. FDEZ., Ramón: *Manual del viajero en Filipinas*. Manila, 1875, p. 86.

(63) *La Ilustración Española y Americana*, 1885, vol. II, p. 162.

Escultura española en Filipinas

A lo largo de los siglos XVII y XVIII, la llegada a Filipinas de obras de arte procedentes de España fue disminuyendo en la medida en que el arte local iba desarrollándose. Los artistas filipinos no solo fueron capaces de producir suficientes obras para abastecer la demanda de iglesias, conventos y devociones particulares en el archipiélago, sino que su producción era tan abundante que se exportaron también imágenes —especialmente de marfil— con destino a Hispanoamérica y España.

No obstante, tenemos constancia de algunas imágenes llevadas a Filipinas en estos siglos que adquirirían gran popularidad.

Esculturas religiosas

Desde España —y también desde México— fueron llevadas a Filipinas muchas imágenes religiosas. Algunas de ellas se convirtieron en objeto de gran devoción por parte del pueblo filipino y, gracias a eso, todavía subsisten.

El Cristo del padre Métrida

En 1602 el agustino Alonso de Métrida llevó de España —primero a Bisayas y posteriormente a Manila— un hermoso crucifijo, que actualmente se encuentra en la capilla del antecoro en el monasterio manileño de San Agustín.

Imagen muy venerada, una pía historia cuenta que el crucificado desclavó su mano derecha y la extendió para absolver a un fraile que en el momento de la muerte no había recibido los últimos sacramentos. El fraile se confesó con esta imagen. De todo ello se hizo información jurídica y auténtica, que sería robada por los invasores ingleses de 1752. El Cristo se salvó de la rapacidad de estos porque lo consideraron demasiado feo (64).



Cristo del P. Métrida. Talla en madera llevada de España a Filipinas en 1602. Museo San Agustín, Manila.

(64) MERINO, Manuel: *El convento agustiniano de San Pablo de Manila*. Madrid, 1951, p. 44; GALENDE, Pedro G., y TROTA REGALADO, J.: *San Agustín. Art & History 1571-2000*. Manila, 2000, p. 135.

La Virgen de Guadalupe

El padre Gaspar de San Agustín afirma que, en 1601, los agustinos edificaron una iglesia y convento «a devoción de la milagrosa imagen que se venera en España con el título de Guadalupe, aviéndose (*sic*) traído de aquel reino una imagen de talla muy parecida y sacada por la que se venera en Extremadura» (65). Esta misma constatación encontramos en el padre Agustín M.^a de Castro (66).

En 1603 el convento y la iglesia agustiniana de Nuestra Señora de Gracia tomó el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, debido a la petición de varios devotos y personas religiosas de la ciudad de Manila, que deseaban honrar la memoria de la Virgen de Guadalupe de España. Entre estos devotos se encontraba el capitán don Pedro de Navarrete, natural de Extremadura, y su esposa, doña Agustina Morales, benefactores de la iglesia (67)

La imagen se convirtió desde entonces en objeto de gran devoción, y la iglesia que la acogía, en un centro de peregrinaje. Nuestra Señora de Guadalupe ha obrado muchos milagros entre sus devotos, y su culto es de los más extendidos en las islas.

A la llegada de los galeones de la ruta Acapulco-Manila, muchos devotos españoles y mejicanos iban al santuario de la Virgen de Guadalupe a darle gracias por haber llegado con bien a Filipinas. El incremento de esta costumbre obligó a las autoridades a construir, al pie de la colina, al lado del río Pasig, un desembarcadero y una escalera para que los peregrinos pudiesen subir hasta la iglesia. Al mismo tiempo se edificó también una casa, al pie de la escalinata, para acoger a los peregrinos (68).

Se dice que el gobernador Sebastián Hurtado de Corcuera apaciguó la insurrección china de 1630 gracias a la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe. Más tarde, tanto Corcuera como los chinos hicieron de este santuario su lugar de culto.

Un documento fechado en 1761 describe las solemnes celebraciones que tuvieron lugar aquel año en honor de la Virgen: misa pontifical, procesión con una imagen de la patrona hermosamente decorada, las «mojigangas» o danzas de enmascarados a lo largo de las calles, convivencia festiva entre mestizos, «sangleyes» y nativos, las corridas de toros nocturnas —aunque los toros carecían, en cierto modo, de la bravura de los de pura sangre española— y la música que llenó la atmósfera durante tres noches seguidas (69).

Esta Virgen no solo era venerada por el pueblo, sino que también le profesaban gran devoción muchos de los religiosos agustinos allí residentes. Uno

(65) SAN AGUSTÍN, Gaspar de: *Conquistas de las Islas Philipinas*, pp. 498-499.

(66) CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, p. 405.

(67) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. IV, p. 494.

(68) SAN AGUSTÍN, Gaspar de: *Conquistas de las Islas Philipinas*, pp. 498-499.

(69) GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone. Architecture of Augustinian Churches in the Philippines*, p. 35.

de ellos era el padre Agustín M.^a de Castro, quien al concluir su *Osario venerable* da las gracias a la «Madre de Dios, venerada con el título de Guadalupe, a cuya poderosa intercesión y amparo debo y confieso la salud que [me] faltó al mejor tiempo, por tres veces que estuve sacramentado en la cama, y otros mil favores que jamás podré referirme, menos agradecer, como vil esclavo que soy suyo» (70).

Con el paso del tiempo, la Guadalupana de México parece que ganó en popularidad a la Virgen de Guadalupe de Extremadura y, según algunos autores, se trajo de México una copia de la imagen original. Pintada en una *tilma* o lienzo de algodón usado como capa, estaba protegida por un cristal y llevaba los bordes de plata. La imagen sobrevivió a los distintos terremotos de 1645, 1658, 1754 y 1863. Durante la ocupación inglesa, aunque la iglesia fue saqueada, la imagen de la Virgen se salvó, para ser transferida a Pasig, donde permaneció hasta 1771. Desaparecería más tarde, en 1898, durante la revolución filipina (71).

Nuestra Señora de los Remedios

A principios del siglo xvii, en 1624, el fraile agustino Juan de Guevara llevó desde Andalucía (España) a Filipinas la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que se venera en la iglesia de Malate. Cuenta el padre Gaspar de San Agustín que, estando de noche en el coro este buen religioso, le oían los indios andar en familiares coloquios con la santa imagen. Por medio de ella, el Señor hizo infinitos milagros, especialmente entre los indios, que siempre le habían tenido mucha fe (72).

La imagen original era «de hechura muy agraciada y del tamaño de media vara, algo morena, pero muy hermosa». Más tarde, en tiempos del padre Agustín M.^a de Castro, parece que se había hecho otra imagen que era «más bien blanca con las manos y la cara de blanco marfil» (73).

La devoción a la Virgen de los Remedios hizo de Malate un santuario muy famoso. Solía ser visitado de modo especial por las madres después de haber dado a luz, las cuales acudían a presentar sus hijos a la Virgen (74).

Nuestra Señora de Guía

«En la ermita de Malate —cuenta el padre Gaspar de San Agustín— hay una imagen de Nuestra Señora de Guía, milagrosamente hallada y tan antigua que se tiene poca luz de su origen. Es milagrosísima, especialmente para

(70) CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, pp. 317-318.

(71) MANABAT, Carlos G.: *Venerated Virgins of Intramuros*. Manila, 1982, p. 26.

(72) SAN AGUSTÍN, Gaspar de: *Conquistas de las Islas Philipinas*, p. 490.

(73) CASTRO, Agustín M.^a: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, p. 480.

(74) VV.AA.: *La Virgen María venerada en sus imágenes filipinas*. Manila, 1904, p. 18.

llevar y traer las naos de Nueva España; porque cuando tardan la llevan en procesión a la Iglesia Catedral y la hacen la clerecía y los religiosos un octavario y, ordinariamente, dentro de él, al fin, llegan nuevas de las naos» (75).

Nuestra Señora de Gracia

El padre Agustín M.^a de Castro informa de que es el título nobilísimo y famoso con que toda la orden agustiniana venera a su patrona y especialísima abogada, la Santísima Virgen y Madre de Dios. En su honor y bajo su advocación los agustinos construyeron en Filipinas tres conventos (uno en Tagalos, otro en Ilocos y el tercero en Bisayas) y tres parroquias. Y el convento de Macao estaba también bajo su advocación (76).

Aunque el padre De Castro no lo cite explícitamente, se da por supuesto que cada uno de estos lugares los agustinos proporcionaron una imagen de esta Virgen.

Virgen de Casaysay

Relacionada con los agustinos está también la Virgen de Casaysay, que se venera en la ermita del pueblo de ese mismo nombre, en Taal. Se cuenta que la imagen fue hallada por don Juan Maningcar, quien echando la red para pescar la sacó en ella, queriendo la Divina Majestad donar de este modo la inestimable joya (77).

El padre Agustín M.^a de Castro nos cuenta que, en el año 1611, siendo prior y cura párroco del pueblo de Taal, en la provincia de Batangas, el agustino fray Juan Bautista de Montoya, Nuestra Señora de Casaysay se apareció a una india buena y sencilla. La Virgen le mandó que avisara al padre prior, que le enseñara la correa santa y que ella se la ciñese (78).

«Volvióse la india al pueblo —cuenta el padre Casimiro Díaz—, y no dijo a nadie lo que había sucedido hasta ir primero a dar parte de ello al P. Fr. Juan Bautista Montoya, Prior del Convento de Taal; y le pidió con mucha devoción la diese la cinta de la cofradía. Hízolo el P. Prior al punto y la india se volvió al lugar donde la Santísima Virgen le había hablado (...) La Virgen la dijo que se agradaba de ella mucho más que antes porque llevaba consigo la cinta de la Cofradía de San Agustín» (79)

(75) SAN AGUSTÍN, Gaspar de: *Conquistas de las Islas Philipinas*, p. 491.

(76) Castro, Agustín M.^a de: *Misioneros Agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, pp. 178 y 404.

(77) SAN AGUSTÍN, Gaspar: *Conquistas de las Islas Filipinas. Parte segunda* (ed. de Casimiro Díaz). Valladolid, 1890, pp. 118-120.

(78) CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, pp. 174 y 397.

(79) SAN AGUSTÍN, Gaspar: *Conquistas de las Islas Filipinas. Parte segunda*, pp. 118-120.

El padre Francisco Bencuchillo, que pasó a Filipinas en 1732, escribió, entre otras obras, *Historia y novena tagala de la Virgen de Casaysay*, impresa en Manila en 1754.

Nuestra Señora de la Consolación

Los agustinos fundaron, ya en el siglo XVI, tanto en Manila como en Cebú la Cofradía de la Consolación y Correa, lo que hace suponer la existencia, ya por entonces, de una imagen que se veneraba bajo este título. La constitución canónica de la cofradía data de 1677, año en que fue agregada a la de Boloña. Fue refundada en 1712. La hermandad gozaría de gran esplendor y se uniría a la del Santo Cristo de Burgos hacia 1817 (80).

De la cofradía matriz de Cebú nació la del barrio de Simala, en el pueblo de Sibonga, que en 1780 el padre Nicolás Oliva agregó a la de Boloña.

En 1886 se imprimió en Guadalupe *El cofrade de Nuestra Señora de la Consolación y Correa de S. Agustín*, que contiene una noticia histórica de la Sagrada Correa y su archicofradía, con la novena que se celebra anualmente en la iglesia de San Pablo de los agustinos calzados de Manila (81).

Crucifijo de Sinait

Relacionado también con los agustinos —según nos cuenta el padre Agustín María de Castro, en *Osario venerable o Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*— está el popular crucifijo de Sinait. Se trata de un crucifijo milagroso hallado en el mar y venerado en el convento agustiniano de Sinait, en la provincia de Ilocos. Su historia la relataría en el siglo XVIII el padre Jacinto Rivera en *Invención del maravilloso crucifijo del pueblo de Sinait*, un manuscrito que se encontraba en el archivo de Bantay.

La Virgen del Pilar

En el Museo San Agustín de Manila se conservan varias imágenes de la Virgen de procedencia española. Una es una hermosa escultura en madera de la Virgen de la Asunción, llevada por el agustino Enrique Delgado en 1888.

Otra es la imagen en plata de la Virgen del Pilar regalada por la ciudad de Zaragoza al gobernador general Domingo Moriones (1877-1880), quien a su vez la donó a los agustinos de Filipinas (82).

De época más reciente es otra Virgen del Pilar que se encuentra en la nueva catedral de Manila, en la capilla de María Auxilio de los Cristianos y de Nuestra Señora del Pilar, diseñada por el arquitecto español Miguel Fisac. La

(80) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. IX, p. 128.

(81) VV.AA.: *La Virgen María venerada en sus imágenes filipinas*, pp. 69 y 117.

(82) GALENDE, Pedro G., TROTA REGALADO, José: *San Agustín. Art & History 1571-2000*, pp. 99-101.

escultura fue donada en 1954 por el cabildo de la catedral de Zaragoza al cardenal de Manila Rufino Santos (83).

Esculturas civiles

Aunque menos numerosas que las esculturas religiosas, los españoles realizaron en Filipinas o llevaron allí diversas esculturas civiles. Algunas han desaparecido, otras subsisten.

Estatua de Juan Sebastián Elcano

En 1879 *La Ilustración Española y Americana* presentó a sus lectores un grabado de Juan Sebastián Elcano. Se trataba de la reproducción del proyecto presentado por el escultor don Ricardo Bellver para la estatua de mármol que había de erigirse en el Ministerio de Ultramar en memoria del ilustre navegante (84).

Este proyecto daría como resultado tres obras similares. La primera de ellas es la que hizo para el Ministerio de Ultramar y que se encuentra actualmente en el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de Madrid.

Otro ejemplar —o una copia— fue enviado a Filipinas. De hecho, en el Ayuntamiento de Manila se podía admirar —hasta su destrucción en 1945— una escultura de Juan Sebastián Elcano cuyas formas se correspondían con el diseño publicado en *La Ilustración Española y Americana*. Se encontraba en el descanso de la escalera principal que daba a la entrada del gran salón de sesiones. La documentación existente confirma que esta escultura de mármol fue realizada en 1881 por Ricardo Bellver (85).

Un tercer ejemplar de esta obra es el monumento a Juan Sebastián Elcano que se encuentra en la plaza del Ayuntamiento de Guetaria.

En todas ellas se representa al ilustre navegante de la misma forma. Está de pie, mirando adelante, con un timón en la mano derecha y una brújula en la izquierda. A sus pies lleva sogas y cadenas y varios instrumentos náuticos.

(83) SANTOS, Ruperto C.: *Manila cathedral...*, p. 143.

(84) *La Ilustración Española y Americana*, 1879, vol. II, pp.1-2; SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Filipinas 1870-1898. Imágenes de La Ilustración Española y Americana*, pp. 32-33. Este artista es muy conocido, sobre todo, por su obra *El Ángel Caído*, que se encuentra en el madrileño Parque del Retiro. Sobre la producción de Bellver véase HERNÁNDEZ CLEMENTE, Alejandra: *Ricardo Bellver y Ramón. Su obra escultórica: un estudio historiográfico y documental* (tesis doctoral). Universidad Complutense, Madrid, 2012.

(85) TORRES, José Víctor Z.: *Ciudad Murada. A Walk through Historic Intramuros*. Manila, 2005, p. 56.

Estatua de Carlos IV

En el año 1803 el rey Carlos IV, mediante una real orden, dispuso que desde México se llevase a Filipinas la vacuna contra la viruela. El cumplimiento de esta orden evitó miles de muertes en Filipinas, haciendo que la población creciese más rápidamente.

Para agradecer al rey esta iniciativa, la ciudad de Manila decidió dedicarle una estatua. En un principio se pensó fundirla en México, pero ante los elevados costes que ello exigía —nada menos que 60.000 duros de los de entonces— se decidió realizarla en Filipinas.

Las autoridades militares encargaron la ejecución de la obra a don Ambrosio Casas, teniente coronel del Regimiento de Infantería del Real Príncipe. Así nos cuenta la historia el cronista de *El Oriente*:

«Se fundió la estatua en el antiguo presidio que estaba en la Real Fuerza de Santiago y costó siete mil pesos y tres mil que se regalaron al referido Don Ambrosio Casas por su dirección; trabajaron en ella los plateros de los pueblos de Santa Cruz y la Hermita.

»La estatua es de tres piezas ajustadas con tornillos, como puede verse si se examina: la primera de la cabeza a los hombros; la segunda de los hombros a la cintura; y la tercera de la cintura a los pies. Dentro de la estatua hay un canuto de cobre cerrado a tuerca, donde existe escrito en pergamino su presupuesto, peso, dimensiones y demás datos. Se concluyó el año 1808» (86).

Sería colocada en el centro de los jardines de la Real Plaza de Manila, frente a la catedral, en 1824, durante el mandato del gobernador Terrero. Años después, en 1886, por iniciativa del Ayuntamiento se construyó a su alrededor una fuente.

Tras la segunda guerra mundial, la estatua de Carlos IV sería sustituida por un monumento dedicado a los sacerdotes mártires Gómez, Burgos y Zamora, obra del artista filipino Solomon Sapidon. Posteriormente, en 1981, la estatua del rey Carlos IV volvería a su pedestal y el monumento a los mártires sería trasladado frente al Museo Nacional (87).

Estatua de la reina Isabel II

El 14 de julio de 1860 se inauguraba en la ciudad de Manila una estatua de bronce de S.M. la reina doña Isabel II. La revista *Ilustración Filipina* se hizo eco del importante acontecimiento, publicando una litografía de la obra y una

(86) GOVANTES, Felipe M.ª: «Carlos IV. Su estatua en la Real Plaza de Manila», en *El Oriente*, 7 de enero de 1877, p. 3.

(87) TORRES, José Víctor Z.: *Ciudad murada. A Walk through Historic Intramuros*. Manila, 2005, p. 67; TORRE, Visitación de la: *Landmarks of Manila 1571-1930*. Quezon City, 1981, p. 193.



Estatua de la reina Isabel II. Bronce realizado en Manila en 1857. Litografía de Ramírez y Giraudier en *Ilustración Filipina*, 1 de agosto 1860. Museo Oriental, Valladolid.

larga crónica de las celebraciones. Estas estuvieron presididas por el capitán general, don Ramón Solano, y por el arzobispo de Manila, con asistencia de numerosísimo público. La estatua fue instalada en los jardines de Arroceros, entre el cuartel del Fortín y el jardín botánico.

La idea de erigir la estatua había sido aprobada por el Ayuntamiento de Manila —a instancias del marqués de Novaliches— el 5 de febrero de 1854. Se debía realizar por suscripción popular voluntaria en todo el territorio filipino.

Para su ejecución se escogió al escultor español don Ponciano Ponzano, por una recompensa de 10.000 pesos (88).

La reina posó en varias ocasiones para el artista vestida en traje oficial, como aparece representada. Una vez que se concluyó el modelo, estuvo expuesta en Madrid por bastante tiempo. Dicen que gustó mucho a quienes la vieron, y de modo particular a S.M. la Reina, que quedó «altamente complacida de él, según lo

expresó a su autor repetidas veces» (89).

La fundición se hizo en París, en la casa de los Sres. Eck&Durand, considerada la más importante de la capital francesa. La estatua tenía unas dimensiones de ocho pies de vara castellana de alto por cinco en su planta inferior. Alrededor de la base llevaba grabada una inscripción donde se leía: ELISABET II. HISP. ET IND, REG, PIAE FEL. SEMP. AUG. ORDO ET POPULUS, MANIL, AERE SVU. A. DON MDCCCLVII

Ilustración Filipina informa, además, de que el pedestal, de mármol oscuro de Romblón, costó 5.000 pesos. En su frente se leía la siguiente inscripción: EL AYUNTAMIENTO DE MANILA, EN NOMBRE DE LOS HABITANTES DE FILIPINAS, A SU REINA ISABEL II. En el costado derecho se leía:

(88) Este escultor aragonés es conocido, principalmente, por el bajorrelieve que decora el frontón del Palacio de las Cortes, sede del madrileño Congreso de los Diputados, así como por los dos famosos leones que flanquean su pórtico. Una monografía sobre su obra en RINCÓN GARCÍA, Wifredo: *Ponciano Ponzano (1813-1877)*. Zaragoza, 2002.

(89) *Ilustración Filipina*, 1860, p. 172.

SE PROYECTÓ EN 1854, y en el izquierdo: SE INAUGURÓ EN 1860. Por detrás había un escudo en el que un león sostenía una espada en la mano.

El transporte de la escultura de Cádiz a Manila lo realizó la fragata española *Alavesa*. El capitán Marcelino Doboran no cobró nada por el flete, como obsequio al Ayuntamiento de Manila (90).

En 1868, con la llegada de los liberales al gobierno de Madrid, se proyectó la destrucción de la estatua de la reina. Afortunadamente, el propósito no se llevó a cabo. Simplemente la escultura fue retirada y colocada en los almacenes de las Casas Consistoriales.

En 1896 sería colocada en público, de nuevo, frente a la iglesia de Malate, donde permaneció hasta 1970, en que sería dañada por un tifón. En 1975 se la emplazó otra vez en Manila — fuera de la Puerta de Isabel II, llamada antiguamente Puerta Magallanes — con motivo de la visita del entonces príncipe don Juan Carlos, actual rey de España (91).

Monumento a Legazpi y Urdaneta

En 1891 el gobernador general, Valeriano Weyler, firmó un decreto por el cual se constituía un consejo que se ocuparía de recoger suscripciones para levantar un monumento en memoria de Miguel López de Legazpi y fray Andrés de Urdaneta. Entre los proyectos que se presentaron se adjudicó la obra a Agustín Querol como escultor y a Luis María Cabello como arquitecto (92).

Las esculturas de bronce fueron realizadas en Barcelona y llegaron a Manila en 1896. En ese momento los conflictos por los que estaba pasando el gobierno español en Filipinas impidieron su instalación. Las obras fueron almacenadas en un edificio de aduanas en San Nicolás. Serían definitivamente colocadas en 1901, ya bajo gobierno norteamericano.

Sobre un pedestal de mármol se levantan unidas las dos figuras de Legazpi y Urdaneta. Legazpi está vestido con armadura. Lleva la bandera española en su mano izquierda, mientras que en la derecha, extendida hacia delante, sostiene un pergamino enrollado, que simboliza el documento de posesión de las islas. Por su parte, fray Andrés de Urdaneta está vestido con el hábito agustiniano. Tiene el brazo derecho levantado, con una cruz en la mano, y en la mano izquierda muestra una Biblia abierta. Así quiere mostrar cuál era la principal misión de los agustinos en Filipinas: el anuncio del Evangelio.

(90) *Ilustracion Filipina*, 1860, p. 172; SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Filipinas 1870-1898*, pp. 154-155.

(91) TORRES, José Víctor Z.: *Ciudad Murada*, p. 66; TORRE, Visitación de la: *Landmarks of Manila 1571-1930*, p. 188.

(92) El escultor Agustín Querol tuvo una amplia producción. Entre sus obras se cuentan las esculturas del frontón para la Biblioteca Nacional de Madrid, el conjunto en bronce *La Gloria y los Pegasos*, que corona la fachada del Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente de Madrid, y el «Monumento de los españoles» en Buenos Aires. ALCOLEA I GIL, Santiago: *Escultura catalana del s. XIX*. Barcelona, 1989.



El pedestal, de mármol, con cuatro columnas corintias en las esquinas, está decorado por los cuatro costados. En la parte delantera lleva una figura femenina de bronce con una corona de laurel y un medallón con la cruz en el pecho. Tiene el brazo levantado, con el dedo índice señalando hacia arriba alas dos esculturas. En una lápida que lleva delante se lee: XXIV JUNIO, MDLXXI (24 de junio 1571), para indicar la fecha de la fundación de Manila.

En el costado derecho se encuentran una brújula, una cuerda y una corona de laurel, así como la inscripción URDANETA MDLXVIII (1568, año de la muerte de Urdaneta). Los símbolos hacen referencia a Urdaneta como navegante y cosmógrafo de la expedición. En la parte trasera del pedestal de mármol luce el escudo de armas de España con el lema NE

PLUS ULTRA, mientras que en el lado izquierdo se muestran una corona y un yelmo con hojas de palma y de roble y la inscripción LEGAZPI MDCXXII (1572, para indicar el año de la muerte de Legazpi) (93).

El monumento se encuentra a orillas de las murallas de Manila, en el ángulo entre las actuales avenidas de Burgos y Bonifacio. Está rodeado por una verja metálica, con una zona ajardinada alrededor.

Mausoleo de Legazpi

En el año 1762 los ingleses invadieron la ciudad de Manila y saquearon el convento e iglesia de San Agustín. Dentro del templo profanaron y saquearon todas las tumbas, entre ellas la del adelantado Miguel López de Legazpi y las de varios agustinos, mezclando los diversos huesos. Los agustinos decidieron reunirlos y enterrarlos todos juntos en la capilla que se encuentra en el lado derecho del altar mayor, que antiguamente estaba dedicada a san Agustín. Para dejar constancia del hecho, colocaron una lápida con la siguiente inscripción:

IN MEMORIAM. AQUÍ YACEN LOS RESTOS MORTALES DEL ADELANTADO LEGAZPI Y SU NIETO SALCEDO, LAVEZARES,

(93) TORRES, José Víctor Z.: *Ciudad murada*, p. 64-65; TORRE, Visitación de la: *Landmarks of Manila 1571-1930*, p. 186.

BEATO PEDRO DE ZÚÑIGA Y OTROS HÉROES DE LA CONQUISTA; LOS QUE AVENTADOS POR LOS INGLESES EN 1762, CONFUNDIDOS Y REVUELTOS FUERON COLOCADOS POR LOS PP. AGUSTINOS EN ESTA CAPILLA.

Con motivo de la celebración del Cuarto Centenario de la Evangelización de Filipinas y de la llegada de los agustinos a las islas (1565-1965), se encargó al arquitecto don Manuel Mañosa hijo la remodelación de la capilla de San Agustín, con el fin de colocar en medio de ella un mausoleo con una escultura de Legazpi. El proyecto fue financiado por el gobierno español y varias familias hispano-filipinas.

El mausoleo o tumba está formado por una base de mármol negro sobre la cual se colocó una escultura yacente en bronce del Adelantado. La obra fue realizada por el escultor español Juan Manuel Iriarte. Sobre la base de mármol se encuentra la siguiente inscripción: AL ADELANTADO MIGUEL LÓPEZ DE LEGAZPI. FUNDADOR DE LA CIUDAD DE MANILA. † 21 DE AGOSTO DE 1572 (94).

La ceremonia de inauguración se celebró el 27 de febrero de 1965. Se contó con la presencia del ministro de Exteriores del gobierno español, Fernando María Castiella. Asistieron también la hija del general Franco y su esposo, el marqués de Villaverde. En representación de Filipinas estuvo presente doña Eva Macapagal, primera dama de Filipinas, esposa del presidente Macapagal. A estos hay que añadir una nutrida representación de los agustinos y de otras personas destacadas de Filipinas y de la colonia española en Manila (95).

Estatua de Felipe II

En 1982 la Intramuros Administration restauró en Manila la plaza de España. Años después, en 2000, sería renovada y allí se colocó una escultura de bronce del rey Felipe II, de quien las islas Filipinas tomaron el nombre. El monarca está de pie sobre el pedestal, sosteniendo en la mano izquierda un documento y tocando con la derecha un globo de la tierra.

La escultura fue descubierta e inaugurada en el año 2000 por la reina doña Sofía, como parte de las celebraciones de clausura del centenario de la independencia de Filipinas (96)

(94) HERNÁNDEZ, Policarpo: «Ante el Centenario de Legazpi. Legazpi y los agustinos», en *Diáspora. Anuario misional*, núm. 24, 2002-2003, p. 74; GALENDE, Pedro. G., TROTA REGALADO, José: *San Agustín Art & History 1571-2000*. San Agustín Museum, Manila, 2000, pp. 85-86.

(95) Más información sobre este acto en RGUEZ RGUEZ., Isacio: «Iglesia de San Agustín de Manila», en *Archivo Agustiniiano*, vol. LXXI, núm. 189. en.-dic. 1987, pp. 25-26.

(96) TORRES, José Víctor Z.: *Ciudad Murada*, pp. 50 y 52.

Pintura española en Filipinas

Las primeras pinturas que se realizaron en las islas estaban fuertemente influidas por el arte español y el mejicano. Generalmente las obras eran de tema religioso (Cristos y escenas de su vida y pasión, vírgenes y santos), que eran colocadas, bien en los altares de las iglesias para el culto, bien en las casas para fines devocionales. Este tipo de obras, por lo general, tenían un carácter anónimo.

Pinturas religiosas

La pintura religiosa fue promovida por los misioneros españoles en Filipinas. Además del valor artístico, estas obras tenían un valor catequético y devocional.

Pintores del siglo XVII

No son muchos los datos que tenemos de pintores españoles trabajando en las Islas Filipinas. Más que pintores españoles profesionales, fueron en muchos casos los propios misioneros quienes hicieron de pintores.

El investigador franciscano padre Cayetano Sánchez, en su estudio *Biblioteca, pinacoteca, mobiliario y ajuar de don Miguel de Poblete, arzobispo de Manila* (97), nos habla de los pintores Castro y Sebastián Vicus. Ambos eran residentes en Manila y con toda probabilidad españoles.

Sobre el pintor Castro nos dice que en 1653 el franciscano Buenaventura Ibáñez le encargó «un cuadro o lienzo de la gloria, purgatorio y infierno, que sea grande». Años después, en 1679, se le encargan «un cuadro de Nuestra Señora de la Porciúncula y un Salvador hermoso de estatura perfecta y grande, para colocar en la iglesia de los franciscanos de Macao». Parece un artista que se hacía de mucho rogar, por lo que, para presionarle, se pide nada menos que la intervención del señor gobernador de Manila (98).

Sobre Sebastián Vicus tenemos constancia de que en 1654 pintó una Inmaculada Concepción para el altar mayor de la iglesia manileña de San Francisco. La Virgen estaba rodeada de numerosos ángeles, y debajo aparecían retratados, con gran primor, el gobernador don Sabiniano Manrique de Lara y el maestre de campo don Pedro de Almonte y Verástegui (99)

(97) SÁNCHEZ, Cayetano: «Biblioteca, pinacoteca, mobiliario y ajuar de don Miguel de Poblete, arzobispo de Manila», en *Archivo Agustino*, vol. XCV, núm. 213, en.-dic. 2011, pp. 399-444.

(98) *Ibidem*, pp. 416-417.

(99) SAN AGUSTÍN, Gaspar: *Conquistas de las Islas Filipinas. Parte segunda*, p. 543.

Pintores agustinos de cantorales

Los nombres de los primeros pintores conocidos en Filipinas corresponden a miembros de órdenes religiosas. Entre los agustinos tenemos constancia de varios religiosos que supieron conjugar sus tareas pastorales con sus trabajos artísticos.

Desde un principio los religiosos agustinos promovieron la pintura para decorar los altares de sus iglesias. El padre Gaspar de San Agustín nos informa de que el padre Hernando de Cabrera —que fue párroco de San Pablo de los Montes entre 1617-1630— dejó el convento lleno de tesoros, entre los que se incluyen un hermoso altar y pinturas de gran valor que fueron dañadas por la humedad (100).

En la segunda mitad del siglo xvii, fray Marcelo de San Agustín —religioso agustino natural de Filipinas, muerto en 1687— desempeñó con rara habilidad varios oficios en el convento de San Agustín de Manila, donde había profesado en 1652. Sobresalió como organista, compositor, sacristán y maestro de cantores. Se dedicó también a pintar miniaturas y a iluminar los cantorales de la iglesia (101). En la época de la invasión de Manila por los ingleses (1762) ya existían allí más de veinte cantorales.

En el siglo xviii también trabajaron en copiar, restaurar e iluminar los libros de coro o cantorales dos religiosos agustinos españoles: fray Ignacio de Jesús Olí y Paredes y fray Lorenzo Castelló.

El padre Ignacio de Jesús Olí y Paredes era salmantino. Llegó a Filipinas en 1737, procedente del convento de Burgos, donde, como músico, era el «vicario del coro»:

«Trabajó mucho en el arreglo de los libros de coro, copiando de su puño y letra todo lo que a su buen juicio y natural despejo pudiera redundar en el mejor servicio de la comunidad y esplendor del culto divino».

Falleció en el convento de San Agustín de Manila el 30 de mayo de 1747 (102).

Otro agustino que se dedicó a la escritura e iluminación de cantorales fue el padre Lorenzo Castelló (1636-1743). Valenciano de origen, llegó a Filipinas en 1718. El padre Agustín M.^a de Castro dice de él que «sirvió mucho en el coro de Manila y enseñó la música a más de mil indios tagalos e ilocos con perfección, porque era de especial gracia y genio».

Después de haber sido la admiración de todos, el Orfeo agustino fue destinado a San Nicolás de Cebú en 1722, y allí tuvo también innumerables discípulos que luego fueron diestros cantores en las parroquias agustinianas. En

(100) *Ibidem*, p. 439.

(101) TROTA REGALADO, José: *Simbahan*, p. 154.

(102) JORDE PÉREZ, F.: *Catálogo bio-bibliográfico*, pp. 262-263; MERINO, Manuel: *Agustinos evangelizadores de Filipinas, 1565-1965*. Madrid, 1965, p. 238.



MMiniatura de cantoral. Pintura atribuida al P. Lorenzo Castelló (h. 1732). Museo San Agustín, Manila.

1732 regresó a Manila, donde nos consta que compuso dos tomos de folio de *Misas clásicas*, otros dos tomos en folio de *Vísperas y procesiones varias*; otros dos tomos grandes de *Villancicos y arias*.

Falleció en San Pablo de los Montes el 12 de octubre de 1743, dejando no pocas obras para el estudio de la música y para cantar las divinas alabanzas (103).

Pintura de Nuestra Señora de Regla

El título de Nuestra Señora de Regla está relacionado con san Agustín y su conversión. En sus *Confesiones*, el santo nos cuenta la historia del sueño que tuvo su madre en el año 375, en el que se le apareció un ángel de pie sobre una regla de madera, en el que le aseguraba que donde ella estaba allí estaría también su hijo (*Conf.* 3,11,19).

En esta visión, en definitiva, se le anunciaba a santa Mónica que, antes o después, su hijo se convertiría a la fe cristiana. Este sueño se haría realidad años después, en el 386, con la portentosa conversión de Agustín, que pasará a estar dentro de las misma *regla* de fe que su madre (*Conf.* 8,12,18-19)

Esta historia dio origen al título de la Virgen de Regla, que hace referencia a la *regla de la fe*. Los monasterios de la regla de san Agustín extendieron esta advocación primero por África y, más tarde, por Europa. Llegaron también a España, y en Cádiz se fundaría el monasterio de Nuestra Señora de Regla, desde donde pasaron a Filipinas muchos agustinos españoles (104).

Uno de ellos, precisamente, fue el padre Aballe. Al irse como misionero voluntario a Filipinas se llevó consigo una pintura de la Virgen de Regla que instalaría en la iglesia de Opon (Mactán) hacia 1735.

Un documento del archivo parroquial de la localidad informa de que «movió M.^a Santísima el corazón de aquellos principales a tenerla devoción,

(103) CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)* u *Osario venerable* (ed. del padre M. Merino). Madrid, 1954, pp. 216-217; JORDE PÉREZ, F.: *Catálogo bio-bibliográfico*, pp. 229-230; MERINO, Manuel: *Agustinos evangelizadores de Filipinas, 1565-1965*, pp. 427-428.

(104) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. XII, p. 362.

luego que vieron el retrato que les mostró el padre; hízola un cuadro, en donde puso el retrato y lo colocó en el altar; al mismo tiempo uno de los principales, llamado Cruz Lauron, que hacía tiempo estaba enfermo, mandó encender dos candelas y en seguida cesó su malestar y se puso bueno. He aquí el principio de la devoción a la Virgen de Regla, no solo de los vecinos de Opong sino también por la multitud de misericordias realizadas por esta Gran Señora» (105).

Según la misma fuente, los principales del lugar costearon la realización de una nueva imagen. La escogieron como patrona del pueblo y la adornaban con preciosos vestidos.

Esta imagen se haría muy popular entre los fieles y, de modo especial, entre las mujeres. A ella acudían para pedir que les ayudase a curar las enfermedades de sus hijos y las suyas propias, particularmente aquellas relacionadas con las irregularidades en el ciclo menstrual, la llamada *regla*.

Tras la segunda guerra mundial y la demolición de la antigua iglesia, la imagen original fue sustituida por una nueva esculpida en madera (106).

Pintura del Santo Cristo de Burgos

La imagen original, según la tradición, fue encontrada en el mar, en una caja que flotaba sobre las aguas, hacia 1308. Un piadoso mercader la adquirió para entregarla a los frailes agustinos de la ciudad de Burgos. Esa imagen permaneció en el convento de San Agustín hasta 1835, cuando los agustinos fueron expulsados de resultas de la Desamortización. Por ese motivo fue trasladada a la catedral de Burgos, donde se venera en la actualidad (107).

Su culto se fue difundiendo por toda España y también por América y Filipinas gracias, sobre todo, al empeño de los agustinos, pero también al de muchos fieles particulares que dejaron atrás su tierra, pero no su devoción al Santo Cristo.

En 1682 el papa Inocencio XI concedió ciertas indulgencias a los miembros de la Cofradía del Santo Cristo de Burgos, establecida en la iglesia de San Pablo (actual San Agustín) de Manila, lo que hace suponer que ya entonces existía allí una imagen venerada (108).

En 1684 llegó a Filipinas el padre Francisco Ugarte —natural de Marquina, Vizcaya— al frente de una copiosa misión. Según el padre Agustín M.^a de Castro, sus miembros fueron quienes «trajeron entonces la milagrosa pintura del santísimo y famosísimo Crucificado de Burgos, la cual veneramos en esta

(105) VV.AA.: *La Virgen María venerada en sus imágenes filipinas*, p. 137.

(106) GALENDE, Pedro G.: *Angels in Stone. Architecture of Augustinian Churches in the Philippines*, pp. 455-456.

(107) GARCÍA DE GUZMAN, M., y GARCÍA REYES, M.R.: «Iconografía del Santo Cristo de Burgos o de San Agustín», en *Archivo Agustiniiano*, vol. LXXXVII, núm. 205, en.-dic. 2003, pp. 261-263.

(108) RGUEZ. RGUEZ., Isacio: *Historia de la provincia agustiniana...*, vol. IX, pp. 126-127.

iglesia de San Pablo de Manila» (109). El conde Lizárraga pintó su retablo, muy curioso, siendo gobernador de Filipinas. Al mismo tiempo, en su honor se creó una cofradía muy lucida (110).

Esta pintura del Santo Cristo se veneró en la iglesia de San Agustín de Manila, en la capilla de su nombre, hasta que fue sustituida por otra imagen de Cristo, tallada en madera, llevada a Filipinas en 1876. Actualmente la pintura se conserva en la antigua antesacristía, una de las salas del museo, junto con otras pinturas.

Una imagen adicional pintada al óleo, de grandes dimensiones, se conserva en otro convento de los agustinos: el del Santo Niño de Cebú.

Pinturas de fray Agustín M.^a de Castro

Una de las primeras pinturas filipinas cuyo autor conocemos es la imagen de Nuestra Señora de Nieva, que se encuentra en el Museo Ng Buhay, sito en las islas. El experto en arte filipino Santiago A. Pilar asegura que la firma corresponde al agustino leonés fray Agustín M.^a de Castro (1740-1801) (111). Este religioso estuvo en Filipinas desde 1759 hasta su muerte. Trabajó en el monasterio de San Agustín de Manila como bibliotecario, historiador y escritor.

En el Real Colegio de Agustinos de Valladolid se conservan dos manuscritos del mencionado religioso realizados en Filipinas, donde se encuentran algunas pinturas con tinta y acuarela.

En su obra *Osario venerable*, fechada en Manila en 1770, podemos ver una hermosa representación del Santo Niño de Cebú, vestido con un traje rojo y oro, que lleva la bola del mundo en la mano. El Santo Niño aparece sobre un altar, entre dos candelabros encendidos. La imagen es venerada por varios grupos de personas. A su derecha están pintados cuatro devotos arrodillados, cubiertos con una mera faldilla. Una inscripción los identifica como «indios cebuanos». En el lado derecho, sobre un mar azul, se encuentra una representación del galeón *San Pedro* —la nao capitana en que llegaron a Filipinas Legazpi, Urdaneta y sus compañeros— con sus velas desplegadas. A ambos lados del altar, arrodillados, podemos ver en la parte izquierda al padre Andrés de Urdaneta, con una brújula en la mano, y a otros dos agustinos vestidos con el hábito de la orden; en la parte derecha aparecen el adelantado Legazpi y tres soldados españoles.

Por debajo —y también en la parte posterior— puede leerse la dedicatoria que el padre De Castro hace al comienzo de su obra, que reza así: «Al Sol de Justicia recién nacido, al Cordero sin mancha escoxido para la víctima más

(109) CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, p. 106. En otro lugar, el mismo P. Castro dice que el Cristo de Burgos fue llevado por el padre F. Ugarte en 1695. MERINO, Manuel: *El convento agustiniano de San Pablo de Manila*. Madrid, 1951, p. 44.

(110) MERINO, Manuel: *op. cit.*, p. 44

(111) TROTA REGALADO, José: *Simbahan*, p. 149.

solemne. Al Príncipe hereditario de Israel. Al Unigénito del Gran Dios de los Ejércitos. Al Mesías deseado de las gentes. Al Rey pacífico recién venido. Al Verbo divino ya nacido y circuncidado por nuestro remedio. Al Dulcísimo y tremendo nombre de Jesús, títulos de esta Provincia de Philipinas; en su imagen graciosísima de Cebú. Hallada por los Españoles en la Tierra de Cebú a veintisiete de abril de mil y quinientos y sesenta y cinco, y entregada a los frayles agustinos» (112).

En el interior del manuscrito original, en la página octava, se encuentra una hermosa representación del emblema de la orden agustiniana. Al centro, el corazón — de color rojo, con una llama y traspasado por la flecha—, rodeado de la correa y todo ello superpuesto sobre un libro. Está enmarcado en una orla —pintada en colores amarillos, rojos y azules— que lleva a los lados sendos hermosos ángeles alados.

En el otro manuscrito, *Historia del insigne convento de San Pablo* [San Agustín] *de Manila*, el padre De Castro pintó a Nuestra Señora de la Gracia, advocación de la Virgen promovida por la Orden de San Agustín en todo el mundo. La Virgen está colocada sobre un altar, en cuyo frontal se han grabado los anagramas de Jesús (JHS) José (JS) y María (AMRA). La Virgen se encuentra de pie sobre un pedestal, con las manos juntas. Lleva un vestido rojo burdeos y, sobre él, un manto azul ricamente bordado. Su cuello está adornado con una gargantilla. El pelo, largo, le cae sobre la espalda, y su cabeza aparece cubierta con una corona de oro. Por detrás de la imagen resplandece un sol amarillo radiante, y por encima se ven dos ángeles desnudos volando que sostienen una cinta en la que se lee «Ave gratia plena Dominus tecum». El fondo está formado por el cielo azul, que en la parte superior se ha abierto para hacer aparecer una paloma —símbolo del Espíritu Santo—, de la que descienden cinco haces de luz amarilla dirigidos hacia la Virgen y la orden agustiniana, que se halla a los pies de la imagen. Las monjas y los frailes agustinos aparecen arrodillados ante el altar de la Virgen, portando velas encendidas —símbolo de la fe viva— y con el rostro dirigido en contemplación hacia Nuestra Señora de Gracia (113).

Pinturas de La Pasión en verso tagalo

De un valor singular es el manuscrito iluminado *La Pasión en verso tagalo*. Esta obra del Real Colegio de Agustinos de Valladolid se terminó de escribir en Filipinas el 20 de febrero de 1813. Fray Francisco M. Girón —que cursó en este centro castellano sus estudios— la trajo a Valladolid a finales del siglo XIX. Más allá de su riqueza literaria y religiosa, atesora un extraordinario valor artístico, pues está ilustrada con 63 pinturas originales que recrean escenas pintadas con tinta y acuarela de vivos colores. Tras los episodios de la

(112) El original ya ha sido reproducido en CASTRO, Agustín M.^a de: *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente (1565-1780)*, pp. 96-97.

(113) Reproducido ya en *ibidem*, pp. 368-369.

creación y el paraíso terrenal, se pasa a representar el nacimiento e infancia de Cristo, así como algunos de los episodios más destacados de su vida pública. Como el título indica, se da gran importancia a los distintos pasajes de la pasión y muerte de Cristo, para concluir — tras la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés — con el Juicio Final.

Lo más probable es que haya sido obra de un religioso agustino español, aunque hasta el momento no ha podido ser identificado (114).

Pinturas seculares

La pintura de temática secular fue menos abundante que la religiosa, y una buena parte de ella la conocemos gracias a las obras que se custodian en España, más abundantes debido a las mejores condiciones de conservación.



La creación del cielo y la tierra, acuarela de la obra *La Pasión en verso tagalo* (1830). Museo Oriental, Valladolid.

Pinturas del Archivo General de Indias

El Archivo General de Indias, en Sevilla, es una de las fuentes de información más ricas acerca de las Filipinas españolas. Esto es verdad tanto por lo que se refiere a la documentación escrita como en lo relativo a las representaciones pictóricas. Allí se conservan numerosos mapas, planos y acuarelas realizadas por españoles en Filipinas, cuya enumeración sería prolija.

Muy importante, desde muchos puntos de vista, es el mapa de Manila realizado en 1671 por el dominico fray Ignacio Muñoz. Nos ayuda a conocer cómo era la ciudad y sus alrededores cien años después de su fundación.

Del siglo XVIII se guardan allí diversos planos y mapas de Manila y de otras poblaciones del archipiélago filipino. En algunos de ellos encontramos las firmas de Juan Luis Costa, Miguel Antonio Gómez, José Cortés, fray Lucas de Jesús, Fernando Valdés, etc. Otros son anónimos.

(114) SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Museo Oriental. China, Japón Filipinas. Obras selectas*, pp. 480-483.

En 1778 don Diego Martínez de Araque, regente de la Audiencia de Manila, envió al rey una baraja de naipes, con las cuarenta cartas pintadas a mano. De dos años después (1780) datan una serie de acuarelas con una gran variedad de uniformes militares que acompañan a una carta del gobernador general de Filipinas, don José Basco y Vargas, dirigida a José de Gálvez.

De 1815 son varias acuarelas con hombres y mujeres del país con diversos tipos de indumentaria, que están realizando actividades varias (115).

Pintores de la expedición Malaspina (1789-1794)

En la expedición de Malaspina, además de pilotos, científicos y militares de diverso tipo, participaron varios artistas: Antonio Pineda (1753-1792), nacido en Guatemala y afincado en España desde los seis años; Felipe Bouza y Cañas (1764-1834), mallorquín; Fernando Brambilla (1763-1834), italiano establecido posteriormente en Madrid; Juan Ravenet (1766- h. 1821), italiano al servicio de España.

De sus trabajos se conservan 65 pinturas y acuarelas relacionadas con Filipinas, que se custodian en el Museo Naval y en el de América, bastante conocidas por haberse estudiado en varias publicaciones y haber participado en diversas exposiciones.

Brambilla pintó, principalmente, vistas panorámicas de ciudades y lugares como Samar, Sorsogon, Cavite o Manila. Ravenet se centraría más en captar escenas costumbristas y los distintos «tipos» del país. Antonio Pineda, por su parte, pintó algún paisaje e instruyó a varios pintores filipinos para que realizaran acuarelas de las principales plantas. En el Real Jardín Botánico de Madrid se conservan ochenta y una de estas pinturas (116).

El retrato de Fernando VII y el álbum de 1825

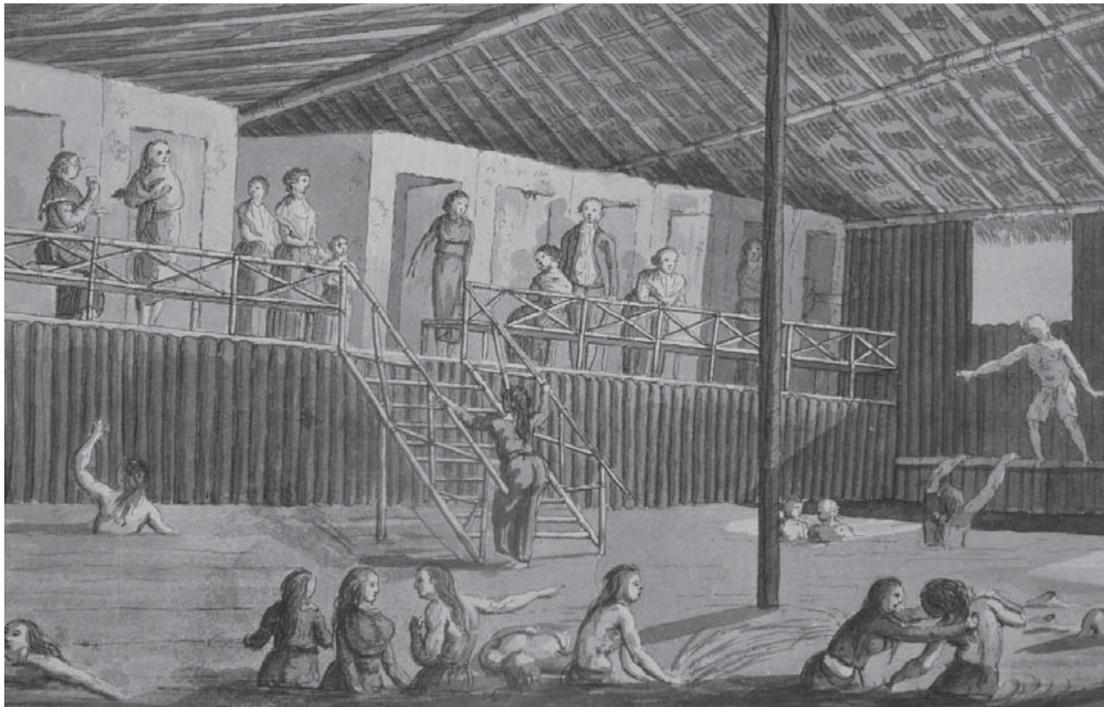
En 1825 el rey Fernando VII, deseando honrar a las islas Filipinas por su lealtad, decidió enviar al archipiélago un retrato suyo. La pintura sería realizada por Vicente López, pintor de corte. En ella el monarca estaba representado mirando de frente, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha. Iba vestido con el traje y collar de la Orden de Carlos III. En su mano derecha sostenía el cetro, y en la izquierda, el sombrero.

La pintura fue llevada a Filipinas, en la fragata *Victoria*, por el nuevo gobernador de las islas, el general Mariano Ricafort Palacin y Abarca.

El 18 de diciembre de 1825 se organizó en Manila una gran fiesta, con un monumental desfile, durante el cual el retrato real fue trasladado en una carroza con gran pompa, como si del propio rey en persona se tratase. Tras recorrer

(115) CARIÑO, J.M.^a, y PINTO NER, Sonia: *Álbum Islas Filipinas 1663-1888*. Hong Kong, 2004, pp. 12-41.

(116) *Ibidem*, pp. 42-71; GONZÁLEZ CLAVERÁN, Virginia: *Malaspina en Acapulco*. Madrid, 1989.



Casa de baños en Manila. Tinta y sepia guache sobre papel. Pintado por Juan Ravenet en 1792. Museo Naval, Madrid.

las principales calles de la ciudad, fue conducido a la catedral, donde se cantaría un solemne Te Deum. Finalmente el cuadro fue depositado en las Casas Consistoriales del Ayuntamiento, donde se expondría al público durante ocho días.

Estos festejos fueron representados en un álbum de 26 acuarelas. Era un regalo para el rey de parte del gobernador de Filipinas y del pueblo de Manila. Las acuarelas fueron pintadas por los españoles Antonio Chacón y Conde, teniente coronel —autor de diecinueve de ellas—, Tomás Cortés y Vicente Anastasio de Castro, que trabajaban en el Depósito Topográfico, y Celedonio Ocampo, un mestizo chino-filipino.

Estas 26 acuarelas se conservan actualmente en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, mientras que el paradero del retrato original pintado por Vicente López se desconoce. Se considera que debió de ser destruido en la segunda guerra mundial, al igual que tantas otras obras de arte (117).

La Academia de Pintura y Dibujo y el pintor Agustín Sáez y Granadell

En 1823 la Sociedad Económica de Amigos del País inauguró la Academia de Dibujo y Pintura, considerada la primera escuela oficial de arte de las islas.

(117) MORENO GARBAYO, Justa: *Fiestas en Manila. Año 1825*. Madrid, 1977; CARIÑO, J.M.^a, y PINTO NER, Sonia: *Album Islas Filipinas*, pp. 72-87.

Al frente de ella se puso al pintor filipino Damián Domingo, que la dirigiría hasta su muerte, en 1832. La escuela cerraría por falta de profesores competentes en 1834 (118).

La Academia de Dibujo y Pintura de Manila sería reinstaurada por la Junta de Comercio, merced a una real aprobación de 1 de marzo de 1849. En sus aulas se impartían clases de dibujo de figura, adorno, yeso, natural y colorido. Las de pintura se daban durante el día; las de dibujo, de 19 a 21.00.

El número de alumnos en 1859 era de 138. Al año siguiente había ascendido ya a 160, y cinco años después, en 1865, a 200 (119).

El alma de esta institución durante más de treinta años fue el pintor Agustín Sáez y Granadell. Nacido en Murcia hacia 1829, estudió en la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, perfeccionando su arte durante doce años. En 1855 fue escogido para hacer copias de obras maestras del arte español que debían servir como modelo para los estudiantes de la Academia de Dibujo y Pintura de Manila, las cuales serían enviadas a la capital filipina en 1857. Posteriormente él sería nombrado director de esta institución. Llegó a Manila en 1858 y ejerció de director de la escuela hasta su muerte, acaecida en 1891.

Entre sus primeros proyectos se encuentra la decoración del Teatro del Príncipe Alfonso, en 1862. En 1877 alcanzaría el primer premio para el diseño de la portada de la edición monumental de *Flora de Filipinas*, del padre Blanco.

Gran parte de sus obras han desaparecido. En el Museo del Prado se conserva *Retrato de una española filipina*, pintado por Sáez en 1886 y enviado a la Exposición General de Filipinas de 1887 (120).

En 1889, con la nueva denominación de «Academia de Dibujo, Pintura y Grabado», la institución académica expandirá sus horizontes admitiendo a su primera mujer estudiante, Pelagia Mendoza. En 1893 pasará a llamarse «Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado». La mayoría de sus profesores eran españoles, peninsulares o criollos. Al declararse la independencia de Filipinas, en 1898, la escuela dejará de funcionar, aunque algunos de sus profesores permanecieron en el país (121).

En esta escuela, y bajo la guía de su director, Agustín Sáez, se formaron los mejores pintores filipinos del siglo XIX, cuyo arte tiene una profunda influencia española: Juan Luna y Novicio (1857-1899), Félix Resurrección Hidalgo y Padilla (1855-1913), Regino García y Baza (1840-1916), Lorenzo Rocha e Ycaza (1837-1898), Ramón Peralta y Resurrección (1877-1940), Telesforo

(118) TIONGSON, Nicanor G. (dir.): *Igkas-Arte. The Philippine Arts during the Spanish Periodon*. AECEI, Manila, 1998, p. 56.

(119) *Guía de forasteros en Filipinas para el año 1859*, Manila 1859, pp. 95-96; *Guía de forasteros en Filipinas para el año 1860*. Manila, 1860, p. 102; *Guía de forasteros en Filipinas para el año 1865*. Manila, 1865, pp. 201-202; GLEZ. FDEZ., Ramón: *Manual del viajero en Filipinas*, Manila, 1875, p. 350.

(120) CARIÑO, J.M.^a (dir.): *Discovering Philippine Art in Spain*. Manila, 1998, p. 249.

(121) *Ibidem*, p. 122.

Sucgang y Alayon (1855-1916), Felipe Roxas y Fernández (1840-1899), Esteban Villanueva y Vinarao, Miguel Zaragoza y Aranquizna (1842-1923). Varios de ellos disfrutaron también de una beca de estudios que les permitiría perfeccionar su arte en la madrileña Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Pinturas del padre Eduardo Navarro

El padre Eduardo Navarro nos dejó un manuscrito en el que narra su viaje de Valladolid a Manila en 1864. El texto va enriquecido con 37 acuarelas cuyas originales que pintó durante el trayecto y en sus primeros tiempos de estancia en Manila. En esta obra se representan algunas ciudades por las que pasó, tipos de algunos países, plantas, aves y peces variados.

Aunque alguna de las pinturas fue realizada durante el viaje en la fragata *Guadalupe*, otras pueden considerarse específicamente filipinas. Estas, con toda probabilidad, fueron pintadas inmediatamente después de su llegada a Manila. Nos referimos a las dedicadas a la flora filipina —el cocotero, el platanero, el árbol de mangos y la piña—, así como a las representaciones de la Virgen de Guadalupe y de la fachada de la iglesia de San Agustín (122).

Este manuscrito con sus pinturas, realizado en Filipinas, fue enviado por su autor a sus padres. A la muerte de estos, el autor, ya de regreso en España, lo entregaría al Real Colegio de los Padres Agustinos de Valladolid —a cuya comunidad perteneció—, donde actualmente se conserva.

Los pintores de *Flora de Filipinas* (1877-1883)

Flora de Filipinas es una obra colectiva en la que varios agustinos describen y clasifican más de 1.200 especies vegetales. El primero y principal de sus autores es el zamorano Manuel Blanco (1778-1845). Los otros son el filipino Ignacio Mercado (1648-1698) y el leonés Antonio Llanos (1806-1881). Colaboraron también los padres Celestino Fernández Villar, Andrés Naves y Guillermo Masnou.

La primera edición de la *Flora* del padre Blanco salió a la luz en 1837. Era un tomo de 887 páginas de texto, donde se describían, según el sistema sexual de Linneo, cerca de 1.200 plantas. En 1845 fue publicada, póstumamente, la segunda edición.

A la tercera edición de la *Flora* se la llamó «monumental» por su lujosa presentación y las ilustraciones botánicas que la acompañan. Se comenzó a imprimir en Manila en 1877. Periódicamente salían fascículos con ilustracio-

(122) SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Museo Oriental. China, Japón Filipinas. Obras selectas*, p. 23. Este manuscrito ha sido recientemente publicado en NAVARRO, Eduardo: *De Valladolid a Manila. Relato inédito de un viaje misional de la orden de San Agustín en el siglo XIX* (introducción, estudio crítico, notas y transcripción de Roberto Blanco Andrés). Valladolid, 2006.

nes que eran enviados a los abonados hasta que se concluyó la edición en 1883 (123).

El texto es bilingüe, en castellano y latín. Consta la edición de cuatro tomos de texto y dos de láminas. La edición económica, con litografías en blanco y negro, fue preparada enteramente en Manila, en el establecimiento tipográfico de los Sres. Plana y Cía. Por lo que se refiere a las litografías, una parte llevan la firma «Lit. de Oppel, Manila», mientras que otras van firmadas «Lit. de M. Pérez, hijo. Manila». De la edición de lujo, las láminas en color fueron impresas en Barcelona, en Litografía Verdaguer. Como bien se puede suponer, existen ejemplares de esta obra tanto en el Fondo de Filipiniana de la Biblioteca de los Agustinos de Valladolid como en el Museo Oriental (124).

Los diseños en que se basaron los litógrafos fueron ejecutados por un gran número de artistas filipinos de primera línea, incluyendo a Lorenzo Guerrero, maestro de Juan Luna. En el concurso para la portada, Félix Resurrección Hidalgo —considerado el segundo gran pintor filipino, después de Luna— quedó en segundo lugar. La portada fue adjudicada a su maestro, el español Agustín Sáez, director entonces de la Academia de Dibujo y Pintura de Manila (125).

Fueron cinco los artistas españoles que participaron en *Flora de Filipinas*: el ya citado Agustín Sáez, fray Mariano Fábregas, fray Miguel López, Ramón Santa Coloma y Emma Vidal. A esos habría que añadir a los grabadores Maura y José María Galván.

En la portada, realizada por Agustín Sáez, se muestra al centro el libro de *Flora de Filipinas*, del padre Blanco, que está sostenido en el aire por varias diosas de las ciencias y las artes y rodeado por una corona de laurel. A los lados están diseñados dos árboles, de coco y plátano, estilizados y alargados. En la parte superior luce el escudo de España y sendos medallones de Felipe II y Alfonso XII, así como otros símbolos de la religión, la política y el comercio. En la parte de abajo, otros escudos y dos medallones con el retrato del padre Blanco y los símbolos agustinianos, así como otros símbolos relacionados con la condición de sacerdotes y científicos de Blanco y sus compañeros.

(123) BLANCO, Manuel (OSA): *Flora de Filipinas. Por el P. Fr. Manuel Blanco, Agustino Calzado, adicionada con el manuscrito inédito del P. Fr. Ignacio Mercado, las obras del P. Fr. Antonio Llanos y de un Apéndice. Bajo la dirección del P. Fr. Andrés Naves. 4 tomos de texto y 2 de láminas.* Establecimiento Tipográfico de Plana y Cía., Manila, 1877-1883. Periódicamente, a partir de la primera entrega, en la última página de la revista *El Oriente* aparecía el aviso publicitario donde se indicaba el texto y las láminas que saldrían en la próxima entrega, tanto en la «Edición Corriente», en blanco y negro, como en la «Edición de Lujo», en color. *El Oriente*, Manila, 22 de abril de 1877, p. 12.

(124) SIERRA DE LA CALLE, Blas: *op. cit.*, 2004, pp. 132-135. También IDEM: *Vientos de Acapulco. Relaciones entre América y Oriente.* Caja España-Museo Oriental-Junta de Castilla y León, Valladolid, 1991, pp. 88-93.

(125) Sobre los artistas que hicieron posible *Flora de Filipinas* véase GALENDE, Pedro G. (dir.): *Flora de Filipinas*, 3 vols. San Agustín Convent, Intramuros Manila, 1993, pp. 25-32.

Fray Mariano Fábregas (1830-1878), agustino, contribuyó a *Flora de Filipinas* al menos con una obra firmada (algunos afirman que con dos): *Capdaris sepiaria*. Terminados sus estudios en los agustinos de Valladolid, pasó casi toda su vida en Filipinas, en diversas parroquias de la isla de Luzón. También viajó a China (en 1877), con fray Raymundo Lozano, para estudiar la posibilidad de abrir misiones en Hunan (126).

Dos láminas son obra del franciscano Miguel López y Bustamante, *Antogonon cordatum* y *Trichosanthes lucioniana*. Esta última sería también publicada y estudiada en *La Ilustración de Oriente* por el agustino Andrés Naves (127). A fray Miguel se debe también el hallazgo del manuscrito del libro sobre plantas medicinales realizado en el siglo XVII por el franciscano fray Blas de la Madre de Dios (128).

El pintor español Ramón Santa Coloma firmó al menos cuatro láminas: *Gynandropsis speciosa*, *Rhabarbarum redolens*, *Jatropha janipha* y *Thespesia sublobata*. Se trata un eminente pintor residente en Manila a finales del siglo XIX. Uno de sus estudiantes fue Andrés Luna de San Pedro y Pardo de Tavera (1887-1952), hijo del célebre artista Juan Luna (129).

Una de las pinturas para esta obra fue realizada por Emma Vidal, probablemente hermana o hija de don Domingo Vidal y Soler, editor de *Flora* y el mayor de los hermanos Vidal. Fue la única mujer que contribuyó a esta ingente obra.

Además, esta edición monumental de *Flora de Filipinas* estaba acompañada de sendos grabados creados por los buriles de dos importantes artistas españoles.

Uno de ellos es el retrato del padre Manuel Blanco realizado por B. Maura, el cual copia fielmente la pintura de Juan Arzeo, que se encontraba en el convento de San Pablo (hoy de San Agustín) de Manila. El botánico agustino es representado con hábito, de pie, junto a su monumental *Flora de Filipinas*. Sobre la mesa está analizando y diseñando una planta y tiene algunos libros, entre ellos de Tissot. Detrás, en el armario, se encuentran las obras de Linneo y la Biblia Sacra, así como algunas conchas. El autor de esta obra, Bartolomé Maura y Montaner, nació en Palma de Mallorca en 1844. Estudió primero en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad y, posteriormente, en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid, siendo discípulo del pintor Madrazo. Hizo grabados de numerosas obras del Museo del Prado, así como retratos. Fue un pintor reconocido que participó en abundantes exposiciones y recibió muchos premios y condecoraciones. En 1893 fue nombrado director de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. murió en 1926 (130).

(126) JORDE PÉREZ, F.: *Catálogo bio-bibliográfico*, pp. 485-486.

(127) NAVES, Andrés (Fray): «Nueva especie botánica *Thichosanthes lucioniana*», en *La Ilustración de Oriente*, núm. 136, febr. 1878, pp. 147-149 y 155.

(128) SANTIAGO, Luciano (P.R.): «Pintores de esplendor. Los artistas de la *Flora de Filipinas*», en GALENDE, Pedro G. (dir.): *Flora de Filipinas*, p. 38.

(129) *Ibidem*, p. 39.

(130) *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, tomo XXXIII. Barcelona, sin fecha, pp. 1202-1203.

El otro es un grabado alegórico del artista José María Galván y Candela (1837-1899), firmado «Galvan gr^o» y titulado «A la memoria del P. Blanco». Este artista fue un pintor y grabador nacido en Valencia. Estudió en la madrileña Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Se dedicó más al grabado que a la pintura, reproduciendo obras de Goya y retratos, arte donde sobresalió principalmente en la técnica del aguafuerte. Obtuvo varios premios con sus obras, y alcanzó la cátedra de grabado en la Escuela Especial de Pintura de Madrid (131). En esta obra suya sobre el padre Blanco, la mitad superior está ocupada por una colina con frondosa vegetación, y el lado izquierdo, por la vista de una vivienda, el mar y un volcán en erupción. Al centro, sobre un fondo claro, puede leerse la inscripción «A la memoria del P. Blanco». Debajo, tres conjuntos de personas. En el ángulo inferior derecho, un grupo familiar con una madre abrazando a un niño, otro niño leyendo la *Flora* del padre Blanco y dos personas más, una semidesnuda y otra con la vestimenta y adornos típicos de los tinguianes. Detrás aparecen dos agustinos, uno leyendo, y el otro predicando a varias personas que le escuchan arrodilladas. En el ángulo inferior izquierdo, otro agustino está charlando con una pareja de igorrotos. La mujer sostiene un niño en brazos y el hombre porta en su brazo derecho una lanza y un escudo.



Rhabarbarum redolens. Pintado por R. Santacoloma. Litografía de *Flora de Filipinas*, del P. Manuel Blanco. Publicada entre 1877 y 1883. Museo Oriental, Valladolid.

Pinturas del padre Benigno Fernández

El padre Benigno Fernández Escalada (1849-1897) —misionero agustino en el norte de Luzón— es un ejemplo claro del diálogo entre fe y cultura y, más concretamente, entre evangelización y arte. El padre Benigno estuvo en Filipinas como misionero en La Paz, Cabugao y Santa María de Ilocos, de 1872 a 1888. Allí coleccionó 298 obras etnográficas que posteriormente llevaría, junto con sus pinturas, al Museo Oriental del Real Colegio de los Padres

(131) *Ibidem*, tomo XXV. Barcelona, 1924, p. 524.

Agustinos Filipinos de Valladolid. Las 37 pinturas etnográficas por él realizadas entre 1882-1886 tienen un gran valor artístico, antropológico, etnográfico y religioso (132).

El padre Benigno puede ser considerado un «pintor etnográfico». A través de sus pinturas ha documentado la vida, usos y costumbres de los pueblos de las montañas del norte de Luzón.

Nos ha dejado un valioso álbum en el que se encuentran, en primer lugar, 37 acuarelas realizadas por él mismo. A continuación van pegadas 51 fotografías en blanco y negro que llevan en el reverso un sello con la firma de Alexander Schadenberg.

Tanto las acuarelas como las fotografías sirven para documentar las obras etnográficas por él coleccionadas, la mayoría de las cuales subsisten. Un grupo importante de ellas forma parte de la exposición permanente del Museo Oriental y pueden contemplarse en las salas dedicadas a las culturas de Mindanao y del norte de Luzón (133).

En estas 37 acuarelas están representadas 75 obras. De ellas, cuarenta y ocho las podemos encontrar también en las fotografías anteriormente citadas, mientras que veintisiete de las piezas no aparecen en las fotos. Son las siguientes: gorro de «ratán» o bejuco crudo, pareja de pendientes de madera, gorro de bejuco abierto por arriba, gorro de bejuco con mechones de pelo, adorno de la cabeza, bajaque de tela, cinturón de bejuco, cesto de viaje, bolsa de tela, pieza de tela, dos collares aderezo de Tinguian, dos pendientes y una gargantilla aderezo de Tinguian, navaja Bagobo, puñal, cuchillo, daga de los Mandaya, aderezo de mujer Tiruray, cinco cajas de bronce para el buyo y dos ataúdes de madera en miniatura.

No nos consta que el padre Benigno Fernández estudiase el arte pictórico en ninguna escuela, por lo que deducimos que sus facultades artísticas eran innatas y que fue autodidacto. Por otra parte, el hecho de que fuese religioso agustino le hizo también ser admirador de las bellezas naturales y de la «Belleza Eterna» de que hablaba san Agustín en sus *Confesiones*: «Tarde te amé, Belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé» (134).

Su principal responsabilidad, y a la que sin duda dedicaba mayor tiempo, era la actividad apostólica, evangelizando y catequizando a sus feligreses de Santa María de Ilocos. Pero, al mismo tiempo, tuvo que emplearse en la reconstrucción del convento y la reparación de la iglesia tras el terremoto. Además se ocupó de la traída de aguas a la población.

(132) SIERRA DE LA CALLE, Blas: *Museo Oriental*, pp. 44, 490-491.

(133) Estas piezas coleccionadas por el P. Benigno Fernández han aparecido en las diversas publicaciones del Museo Oriental obra de Blas Sierra de la Calle: *Museo Oriental. Guía del visitante*. Real Colegio de los Padres Agustinos Filipinos, Valladolid, 1982; *Filipinas ayer. Vida y costumbres tribales*, m.l., 1989; *Museo Oriental. Arte chino y filipino*, m. ed., m.l., 1990; *Museo Oriental. China, Japón, Filipinas. Obras selectas*, m.l., 2004; *Filipinas. Obras selectas del Museo Oriental*, m.l., 2004.

(134) SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, X, 27, 38. BAC, Madrid, 1963 (4.^a ed.), p. 410.

Los ratos libres los dedicaba a su afición por la mineralogía y a la pintura. Y, por lo que vemos en estas 37 láminas, los resultados obtenidos son encomiables (135).

Pinturas de José Taviel de Andrade

José Taviel de Andrade fue un militar español que con veintidós años llegó a Filipinas en 1879. Primero estuvo destinado en Manila y, posteriormente, en Visayas y Joló. Entre 1887-1888 tuvo como misión vigilar a José Rizal, recluido en su domicilio de Calamba. Entre 1892 y 1894 fue profesor de la Escuela Superior de Pintura Escultura y Grabado, donde dio clases de diseño, acuarela, carboncillo, pastel y pintura al óleo. Permaneció en Filipinas hasta 1897. Se sabe que en 1906 había llegado a teniente coronel.

Como pintor ha sido recientemente descubierto por el investigador José María Cariño. Se conocen algunas obras suyas al óleo. En primer lugar, *Panguingue (juego de cartas filipino)* y *Vistas de los volcanes Taal y Mayón y de las cascadas de Majayjay*. Suyo es también un álbum de 32 hojas con escenas de su viaje a Filipinas y sus desplazamientos por distintas partes del país: Camarines Sur, Tiwil, Legazpi, Daraga, Pagbilao, Batangas, Los Baños, Majajjai. Además de ofrecernos vistas de los paisajes y poblados por donde pasa, el artista se entretiene en representar también a los diversos tipos humanos con que se encuentra, así como a sus compañeros militares (136).

Pinturas en el Museo San Agustín de Manila

En el Museo San Agustín de Manila se conserva otra serie de pinturas llevadas por los agustinos españoles a Filipinas.



Hombre igorrote del distrito de Quiangan y valle de Looc. Tinta, acuarela y lápiz sobre papel. Obra del P. Benigno Fernández de entre 1882-1886. Museo Oriental, Valladolid.

(135) Un estudio completo de estas pinturas en SIERRA DE LA CALLE, Blas: «Pinturas etnográficas filipinas del P. Benigno Fernández», en *Cuadernos del Museo Oriental, Valladolid*, núm. 11. Valladolid, 2012.

(136) CARIÑO, J.M.^a, y PINTO NER, Sonia: *Álbum Islas Filipinas*, pp. 246-269.

Además de la ya citada del Santo Cristo de Burgos, podemos mencionar en primer lugar el lienzo *Descendimiento de Cristo de la cruz*, en el que la Virgen Dolorosa, con los brazos levantados, está acompañada de María Magdalena. Esta pintura —según documentación del Archivo de los Agustinos de Valladolid— fue remitida desde España, en el siglo XVII, por el padre Francisco Ugarte, con destino al retablo de esta capilla, originalmente dedicada a san Juan Bautista (137). Con posterioridad dicha capilla pasaría a ser sacristía. Recientemente esta obra ha sido trasladada de dicha sacristía a una sala del museo.

Por su calidad, hay que destacar también las copias realizadas en 1876 por el agustino Santiago Cuñado de dos pinturas de Murillo, *La transverberación de san Agustín* y *La Inmaculada Concepción* (138). El hermano Cuñado era burgalés. Pasó gran parte de su vida en el monasterio de El Escorial y en el colegio de los agustinos de Mallorca, donde era profesor de dibujo. De él dicen los biógrafos que fue «pintor al óleo y escultor de granes vuelos, sus trabajos artísticos han sido objeto de la admiración de los inteligentes y alabados por cuantos han tenido ocasión de apreciar su mérito» (139).

Ya en tiempos modernos, durante los años 1969-1970, estuvo en Manila el pintor agustino padre Nicéforo Rojo (1925-2011). Durante esos años trabajó en la restauración de las pinturas de la iglesia San Agustín de Manila, obra original de los artistas italianos Giovanni Alberoni y Cesare Dibella en 1875. Al mismo tiempo pintó 13 lienzos al óleo que representan a san Pablo y a los restantes doce apóstoles y que hoy día se exponen en las salas del museo (140).

Epílogo

Se reitera que el estudio completo de esta temática del arte español en Filipinas exigiría varios libros —algunos ya escritos y citados en las notas—, aun cuando nos ciñésemos únicamente a las artes de la arquitectura, escultura y pintura y omitiésemos las del grabado, la fotografía, la música..., de las que también podríamos citar ejemplos eminentes. El resumen arriba expuesto nos lleva a hacer algunas reflexiones a modo de conclusión.

En primer lugar, queda patente que la huella principal dejada por España en Filipinas, por lo que se refiere al arte, está representada por la arquitectura. La perdurabilidad de los materiales en los que se realizaron —piedra y ladrillo— ha permitido la subsistencia de numerosas obras, a pesar de las adversas condiciones climáticas y de las varias confrontaciones bélicas.

(137) Arch. Valladolid, leg. 1743, f. 83. Cit. en RGUEZ, RGUEZ., Isacio: «Iglesia de San Agustín de Manila», en *Archivo Agustino*, vol. LXXI, núm. 189, en.-dic. 1987, p. 27; GALENDE, Pedro G., y TROTA REGALADO, José: *San Agustín. Art & History 1571-2000*, p. 86.

(138) GALENDE, Pedro G., y TROTA REGALADO, José: *San Agustín. Art & History 1571-2000*, pp. 99-101.

(139) JORDE PÉREZ, F.: *Catálogo bio-bibliográfico*, p. 810.

(140) Sobre su vida y obra, véase SIERRA DE LA CALLE, Blas: «Las pinturas del P. Nicéforo Rojo en los PP. Agustinos de Valladolid», en *Díaspora. Anuario Misional*, núm. 33, 2011-2012, pp. 113-116.

Queda muy claro, además —aunque solo se han citado algunos ejemplos de los muchos existentes—, que la fe cristiana tuvo un influjo preponderante tanto en la arquitectura como en la escultura y la pintura. Son numerosas las iglesias construidas por los misioneros españoles en Filipinas que todavía se mantienen en pie, siendo testigos mudos, por un lado, de la fe cristiana, y por otro, de la presencia española.

El arte escultórico tiene una menor representación, tanto en el campo religioso como en el civil. Además de las razones sobre su escasez ya aducidas en la introducción, ha de tenerse en cuenta que el arte de la escultura ya era practicado antes de la llegada de los españoles en 1565. Esto hizo que, a partir del siglo XVII, fuesen muchas más las obras de escultura —especialmente en marfil— que se exportaban desde Filipinas hacia América y Europa que las que se enviaban desde España y México hacia allá.

Por lo que se refiere a la pintura española en Filipinas, como ya se ha dicho la gran mayoría de las obras han desaparecido a causa del clima, las guerras y la incuria. Las que subsisten abundan más en los museos y archivos de España que en la propia Filipinas.